

MICENICO, DIALECTOS PARAMICENICOS Y AQUEO EPICO

This paper refers to the dialectal state of Greece during the second millennium B. C. In a forthcoming issue of EMERITA another article will follow on «The creation of the greek dialects of the first millennium». According to the author Mycenaean, although closely related with the other Greek oriental dialects, would present features of its own: this dialect sometimes has innovations not found anywhere, sometimes presents doublets while the other dialects choose one or the other form. The original kernel of Epic language is related to Mycenaean but differs from it both in archaisms and innovations. This language was altered in the beginning of the first millennium when some Homeric features were interpreted as Ionian or Aeolian and so allowed the introduction of actual Ionian and Aeolian features. On the other hand already in the second millenium might exist some varieties in the oriental Greek dialects which form the kernels of the future Ionian-Attic, Aeolic and Arcadian-Cypriot dialects. It is just these varieties which are called Paramycenaean by the author.

It is quite trustworthy to believe that Crete was the birthplace of linear B, exported then to the continent to be used by the official recorders. Epic Achaean language, on the contrary, is believed to be born in the Continent and to be developed in Minor Asia.

I. CUESTIONES ABIERTAS EN DIALECTOLOGÍA GRIEGA

Desde el desciframiento del micénico es mucho lo que se ha trabajado en Dialectología griega y puede decirse que, pese a algunas discrepancias, se está en camino de un acuerdo sobre puntos verdaderamente centrales de la misma. No es intención de este artículo y del que le seguirá establecer un balance, que puede hallarse cómodamente sumando a la exposición de Bartoněk¹ alguna bibliografía posterior, que iremos citando. Es claro, de todos modos, el acuerdo respecto a la existencia de un «Griego oriental», con rasgos comunes como la asibilación de *-ti* en *-si* y al cual pertenecen tanto el micénico como

¹ «Greek Dialectology after the Decipherment», *Studia Mycenaea*, Brno 1968, páginas 37-51.

el dialecto antecesor en el segundo milenio del arcadio-chipriota y de jónico-ático (si no lo es el propio micénico); también el fondo «aqueo» de la lengua épica está emparentado o tiene simplemente el mismo origen. De igual manera, tras los trabajos de Porzig y Risch bien conocidos, se considera que el lesbio debe los rasgos que le son comunes con el jonio a préstamos tomados de éste en fecha reciente; y, no a partir de Porzig, pero sí de Risch, es creciente la tendencia a considerar el eolio propiamente dicho, es decir, el hablado en Tesalia y Beocia y carente de las innovaciones del lesbio, como un dialecto fundamentalmente occidental, explicándose de varias formas las coincidencias con el arcadio-chipriota.

Nosotros mismos, en un trabajo ya antiguo, anterior al desciframiento, nuestro pequeño libro *La dialectología griega como fuente para el estudio de las migraciones indoeuropeas en Grecia*¹, insistíamos vivamente en las relaciones del arcadio-chipriota con el jonio, de una parte, y con el eolio, de otra, sin que se nos escaparan las relaciones de este último dialecto, a su vez, con el dorio. Proponíamos la existencia de una antigua gama de dialectos separados por zonas de transición: el arcadio-chipriota la haría entre jonio y eolio, éste entre arcadio-chipriota y dorio. Con ello superábamos la teoría anterior de que existían sólo un dialecto jonio y otro eolio (integrado por el arcadio-chipriota y el eolio *strictu sensu*). A esta teoría de las dos migraciones sucesivas, seguida por la de los dorios, oponíamos una exposición más matizada, en la que no se desconocían los lazos que unen a jonio y arcadio-chipriota, eolio y dorio. En un trabajo posterior al desciframiento² postulábamos que el arcadio-chipriota era precisamente el continuador del micénico. Pero insistíamos a la vez en la comunidad de rasgos entre el micénico y el jónico-ático, el micénico y el eolio, refutando así la teoría de Porzig de que los rasgos coincidentes con el eolio de los dialectos del Peloponeso son de origen reciente, procedentes de una migración de los eolios del Norte.

Estos trabajos representaban, pensamos, un avance en la clasificación de los dialectos, en el sentido citado, y, por otra parte, aportaban un instrumento de investigación que se ha hecho desde entonces de utilización común: la clasificación de los rasgos dialectales en innovaciones, elecciones y arcaísmos, lo que es el punto clave, pensamos, para establecer las relaciones internas de los grupos dialectales y de éstos

¹ Salamanca 1952.

² «Achäisch, Dorisch und Mykenisch», *IF* 62, 1956, pp. 240-249.

entre sí¹. Solamente, el descubrimiento del carácter innovador del jonio era seguido de una conclusión precipitada, solidaria evidentemente de ideas entonces dominantes: que fue el jonio precisamente el dialecto que entró el primero en Grecia. Conclusión precipitada, decimos, porque las innovaciones del jonio, que claramente destacábamos², son precisamente recientes. Al menos, nuestra propuesta tenía la ventaja, aparte de reconocer las relaciones jonio-arcadio-chipriotas, de negar la existencia de un antiguo sustrato jonio en el Peloponeso, explicando dichas relaciones o coincidencias de la manera indicada. Y tampoco favorecíamos la explicación de toda clase de hechos por el sustrato eolio ni nos adheríamos a la teoría de las tres invasiones. Buscábamos establecer los hechos comunes y los diferenciales entre los dialectos, ver sus relaciones, lo que es sin duda lo esencial en dialectología griega, aparte del lugar donde se piense que ha surgido la diferenciación.

Parece, pues, claro que hemos de admitir que la escisión del griego oriental en los dos grupos del arcadio-chipriota y el jónico-ático es un fenómeno que sucedió en Grecia en fecha posterior a la invasión doria y que estos dialectos no deben hacerse remontar a fecha anterior a la de la llegada de los griegos a Grecia. Pero, pese a todos los avances realizados, quedan muchos puntos cuestionables, sobre los cuales existen opiniones varias, a las cuales querríamos añadir ahora la nuestra. Esta parte del hecho cada vez más innegable de las evoluciones e interacciones de los dialectos dentro de Grecia y les aplica con sistematismo el «test» de la clasificación de los rasgos en innovaciones, elecciones y arcaísmos.

Y lo primero que hay que decir, pensamos, es que la reacción contra la idea de que lo esencial de las divisiones dialectales del griego existía ya fuera de Grecia, ha sido excesiva: el que las divisiones dialectales dentro del grupo oriental se hayan creado en Grecia, no implica en modo alguno que todos los rasgos diferenciales de los dialectos hayan surgido en Grecia. Ciertas innovaciones de tal o cual dialecto pueden haber surgido en un punto dado del griego cuando aún estaba fuera de Grecia: así varias de las innovaciones que crean el griego oriental, insistiremos sobre ello. Ciertos arcaísmos preservados aquí o allá (el $-\phi$ del mic., tes. y Hom., por poner un solo ejemplo) existían ciertamente ya en esa fase y es prácticamente seguro que su eliminación en la mayor

¹ Observamos de pasada que el desconocer la importancia de las elecciones y forzar las cosas para hallar siempre arcaísmos o innovaciones es el fallo principal del trabajo de Wyatt, por otra parte interesante, «The Prehistory of the Greek Dialects», *TPPhA* 101, 1970, pp. 557-632.

² Cf. *La Dialectología...* cit., p. 31.

parte de los dialectos procede de su eliminación en vastas zonas del griego común (antes de llegar a Grecia). Y cuando en los dialectos aparecen formas concurrentes igualmente arcaicas, por ejemplo, *epi* / *opi*, *proti* / *poti*, *meta* / *pe-da*¹ es absolutamente claro que ambas formas de los dobles existían ya fuera de Grecia.

Precisamente el desciframiento del micénico ha confirmado la propuesta realizada en nuestro libro de que una parte de las diferencias entre los dialectos proceden de elecciones secundarias entre formas concurrentes antiguas. Conforme a lo que proponíamos, en micénico coexisten concretamente *o-pi* y *e-pi*, *pe-da* y *me-ta* y otros dobles más (*or* y *ar* como evolución de *r*, formas temáticas y aтемáticas del verbo, etc.). *A fortiori*, esta coexistencia de formas debía de darse en el griego común. Lo que no podemos precisar es cómo se repartían allí: si en función de dialectos, de contextos fonéticos, de significados aún diferentes, de simples dobles.

En realidad, el olvido en investigar los elementos antiguos de un complejo dialectal, los que lo enlazan con otros dentro del indoeuropeo, se da no sólo en el caso de Grecia. Algo semejante ha ocurrido en las investigaciones de las lenguas indoeuropeas de la península italiana, donde también se ha pasado de un extremo al otro: de retrotraer todo a fecha anterior a la llegada de itálicos y latinos a la península, a insistir sólo en lo sucedido dentro de ésta². También aquí las oscilaciones del péndulo han resultado excesivas.

Por tanto, no hay motivo para abandonar la investigación de la antigüedad relativa de las formas, que en algunos casos debe llegar al griego común —que, por otra parte, no hemos de imaginarnos como absolutamente unitario.—Esta consideración es un apoyo para juzgar las diferencias dialectales, incluso las que se crearon dentro de Grecia. Y es cuestión a investigar, dentro de los rasgos del griego oriental, cuáles y en qué medida proceden del griego común, cuáles aun teniendo ese origen acabaron de difundirse en Grecia, cuáles son recientes. E igual dentro del griego occidental. Y es legítimo, pensamos, investigar, dentro de la abigarrada mezcla de elementos que existe en los dialectos eolios, si son griegos orientales u occidentales de origen o introducidos secundariamente; en el primer caso, si llegaron ya de fuera de Grecia o se desarrollaron dentro. Investigación que no siempre ofrece perspectiva de

¹ Cf. detalles en A. López Eire, «En busca de la situación dialectal del jónico-ático», *Simposio de Colonizaciones*, Barcelona 1974, p. 253.

² Cf. *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo*, 2.^a ed., Madrid 1974, p. 567.

éxito, pero que forma parte de un programa que continúa siendo válido.

Ahora bien, no son éstos solamente los problemas que quedan pendientes en Dialectología griega. Fuera de ellos, hay otras dos series:

a) La relativa al origen del eolio, interpretado de maneras muy varias. Dejamos el tema para un próximo artículo, aunque, al hablar en éste de los dialectos del griego oriental, por fuerza hemos de tocar el problema de los elementos del eolio que se nos presentan también en este tipo de griego.

b) La relativa al micénico, al arcadio-chipriota y al jonio, así como al elemento «aqueo» de la lengua épica. Son estos problemas los que van a ocuparnos en este trabajo. Veámoslos:

1. Es tesis unánimemente aceptada que el micénico pertenece al griego oriental como el arcadio-chipriota y el jonio: dado que es de fecha anterior y tiene arcaísmos de que estos dialectos carecen, careciendo a su vez de innovaciones propias de los mismos (y, a veces, de todo el griego), se le da como antepasado u origen de esos dos grupos dialectales. Pero en el detalle reina la oscuridad. Es característica, por ejemplo, la manera de explicarse de Chadwick¹ cuando primero establece que el micénico «fue antecesor del arcadio» y luego dice que «podemos especular sobre la localización de los jonios en el período micénico, si no son idénticos o una rama de los hablantes de este proto-arcadio». Más concretamente, Cowgill² indica que el micénico tiene unas pocas innovaciones que hacen que no pueda ser siquiera el antecesor directo del arcadio-chipriota y sugiere divisiones dialectales en el micénico del segundo milenio. Paralelamente Heubeck³ dice que el micénico está emparentado con el arcadio-chipriota, sin ser exactamente su antepasado. A su vez Bartoněk⁴ propone que al lado del micénico de las tablillas («a kind of Mycenaean koine», idea ya sugerida por otros investigadores) había un dialecto o dialectos micénicos que fueron origen, de un lado, de la lengua de las tablillas y, de otro, del arcadio-chipriota. No es muy distinta la opinión de Lejeune⁵ cuando afirma que el micénico de las tablillas es «une humble forme de langue savante»,

¹ «The Greek Dialects and Greek Pre-history», *Greece and Rome*, 3, 1956, página 44 ss.

² «Ancient Greek Dialectology in the Light of Mycenaean», *Ancient Indo-European Dialects*, Berkeley 1966, p. 93.

³ «Zur dialektologischen Einordnung des Mykenischen», *Glotta* 39, 1960-61, páginas 159-72.

⁴ Art. cit., p. 47.

⁵ «Rapport sur le Grec Mycénien», *Atti Roma II*, p. 726 ss.

«la langue d'une technique», lo que hace que estemos condenados a ignorar los dialectos de tipo jónico y eolio de la misma época.

2. Estas formulaciones son vagas pero están, pensamos, en la buena dirección cuando tienden a considerar el micénico como solamente emparentado con los dialectos posteriores del griego oriental. El mayor problema es el de en qué medida ese parentesco es con todos ellos o sólo con el arcadio-chipriota. Los rasgos propios del jonio hacen que a veces se haya vacilado en hacerle descender del micénico de las tablillas. Esta es la posición que yo adopté a poco del desciframiento¹ y es también la posición de Ruijgh², para quien el micénico es simplemente el antecesor del arcadio-chipriota. Pero las coincidencias del jonio con el arcadio-chipriota y el hecho de que sus innovaciones sean recientes, le acercan de un modo u otro al micénico. Y más si se postula como punto de partida no el micénico de las tablillas, sino una lengua emparentada. En realidad, las relaciones entre el micénico y los dialectos del primer milenio serán diferentes según el origen concreto que a éstos se asigne: del puro y simple micénico no pueden nacer, de ahí las discrepancias y las imprecisiones³.

Ahora bien: habría que definir más exactamente cuál es esa lengua emparentada: el conjunto de dialectos que en este trabajo vamos a llamar paramicénicos. Ello es factible mediante la comparación de micénico, arcadio-chipriota y jonio; y también añadiendo datos procedentes de la lengua épica e incluso de la comparación con el griego común. Y habría que tratar de precisar más de cerca la creación y evolución del jonio en cuanto difiere de los otros dos dialectos e incluso del eolio y en cuanto coincide con otros dialectos de fuera del grupo, concretamente con el dorio.

3. Pero esta investigación no puede detenerse aquí: tiene que llegar a los elementos «aqueos» de la lengua épica. Pues si hoy es idea

¹ Art. cit.

² «Les datives pluraux dans les dialectes grecs et la position du mycénien», *Mnemosyne* 11, 1958, pp. 97-116, y *Études sur le Grec Mycénien*, Amsterdam 1967, p. 37 ss.

³ Por otra parte, conviene citar la opinión de Risch, «Les différences dialectales dans le Mycénien», *Proceedings of the Cambridge Colloquium*, Cambridge 1966, pp. 150-57, para quien nuestros documentos micénicos contendrían dos dialectos, según las «manos» de los escribas: el micénico normal, con dat. en $-e = \epsilon i$, $*n > o$, $e > i$, desaparecido; y el micénico especial, con dat. en $-i$, $n > a$ y e mantenida, que se continuaría en los dialectos griegos. La teoría es endeble porque las formas diversas, de otra parte demasiado escasas, se mezclan en varias «manos»; por otra parte, $n > o$ está en varios dialectos. Tampoco queda claro, en todo caso, con qué dialecto posterior estaría relacionado el micénico especial.

común la de que hay en ella elementos idénticos o emparentados con los del micénico y el arcadio-chipriota y que algunos que están tanto en este grupo como en el eolio proceden del primero y no del segundo, hay que señalar en qué medida incluso los elementos aqueos de Homero no coinciden con el micénico ni el arcadio-chipriota. Pues Homero es un tercer testimonio del ambiente dialectal del griego del segundo milenio, del griego oriental: pero no es seguro *a priori* que los tres testimonios, el del micénico, el de la reconstrucción a partir del arcadio-chipriota y el jonio y el del análisis de Homero, se refieran exactamente al mismo dialecto. No se refieren al mismo, para mejor decir.

La labor a realizar no es nada fácil. El micénico de las tablillas (el que llamamos micénico a secas, para mayor claridad) es conocido en forma incompleta; probablemente, existió en forma incompleta, como lengua reducida a usos formularios. El o los dialectos paramicénicos lo recuperamos por una reconstrucción sometida, como todas, a dudas. El «aqueo» de la épica era sin duda desde antiguo una lengua artificial y, además, es difícil aislarlo de otros elementos. Hoy se tiende, si no a negar los eolismos de Homero¹, sí a reducirlos al mínimo, así en el libro de P. Wathelet². Pero si hay un notable progreso sobre las antiguas obras «standard» como la *Grammaire Homérique* de P. Chantraine, se sigue vacilando sobre el carácter dialectal antiguo de formas que son al tiempo aqueas y eolias. En suma, pienso que se puede afinar más. De un lado, introduciendo el criterio de que los arcaísmos del texto homérico no deben interpretarse a la luz de su *status* en el primer milenio, son «aqueo» aun en el caso de que, en el primer milenio, hayan sido sentidos como eolios o jonios, según los casos, por el simple hecho de que sólo en estos dialectos (y en el arcadio-chipriota tal vez, pero este dialecto pasaba inadvertido, como aislado de la tradición literaria) se conservaban. De otra parte, haciendo un nuevo esfuerzo para comprender, a partir de este punto de vista, el desarrollo de la lengua épica en fecha posterior a la pérdida del micénico.

El punto clave es el siguiente: hundidas la civilización y la lengua micénicas, pero subsistente la tradición oral de la epopeya en lengua micénica o emparentada con ésta, es claro que sus formas sólo podían interpretarse en función de los dialectos, dialectos orientales del primer milenio, que ahora se hablaban en la zona en que ese género literario seguía viviendo. Formas «aqueas» que seguían vivas en eolio (lesbio

¹ Así K. Strunk, *Die sogenannten Aeolismen der Homerischen Sprache*, Diss. Cologne 1957. Cf. mi crítica en *Kratylos* 4, 1959, pp. 177-181.

² *Les traits éoliens dans la langue de l'épopée grecque*, Roma 1970. Cf. también C. J. Ruijgh, *L'élément achéen dans la langue épique*, Assen 1957.

en su forma arcaica, próxima al tesalio) o jonio, eran sentidas como eolias o jonias. La lengua de la epopeya, en suma, era sentida como una suma de formas eolias y formas jonias. Nada de extraño que, al evolucionar, «atrajera» nuevas formas eolias y jonias, éstas recientes —como su contenido «atraía» elementos culturales nuevos, el hierro o las cuadrigas.

Así, los elementos antiguos, «aqueos» de la epopeya, se reconstruyen mediante un triple análisis. Son:

- a) Los que se encuentran igualmente en micénico.
- b) Los que se encuentran igualmente en paramicénico, deducidos de la reconstrucción a partir del arcadio-chipriota y el jonio.
- c) Los arcaísmos del texto homérico divergentes del arcadio-chipriota y el jonio: ya aparezcan literalmente, ya se reconstruyan eliminando evoluciones fonéticas o analógicas de carácter reciente.

Dado que los elementos micénicos, paramicénicos y «aqueos» no «montan» exactamente, quedan dos posibilidades: que las faltas de coincidencia se deban a nuestro incompleto conocimiento de los tres dialectos; o que se deban a diferencias reales entre los tres dialectos. Sin duda, la verdadera solución es intermedia: hay de lo uno y de lo otro, desde luego, existen en cada uno de los tres dialectos cosas que no están ni pueden estar en los otros, por representar soluciones discordantes.

Así, en definitiva, nuestra opinión —y con esto adelantamos algunas de nuestras conclusiones— es que de un grupo de dialectos paramicénicos, griego oriental en suma, se han destacado, de un lado, la lengua burocrática y de cancillería que conocemos como micénico; de otro, la lengua de la poesía oral de la épica. Son lenguas especializadas, sin duda con una base geográfica, pero con regularizaciones de tipo formulario adecuadas a cada estilo. Es de los restantes dialectos, que hemos llamado paramicénicos, de los que hemos de suponer que derivan el arcadio-chipriota y el jonio. La división es bastante antigua; dado que el chipriota está muy próximo al arcadio y evidentemente procede del Peloponeso, de una época anterior a aquella en que los dorios ocuparon sus costas, es claro que ya en el siglo XIII a. de C., al tiempo que el micénico, existía la variante paramicénica predecesora del arcadio-chipriota. En cuanto a la otra variante, la que produjo el jónico, pudo empezar a diferenciarse en esa misma época, sin duda a partir de otra base geográfica, el Atica en vez del Peloponeso; pero mientras que el arcadio-chipriota es sustancialmente un dialecto «detenido», el jonio evolucionó grandemente y sólo tomó la forma en que lo conocemos en fecha posterior a la invasión doria, mediante una serie de innovaciones, ya particulares, ya desarrolladas en común con el dorio y aun con la totalidad o casi totalidad del griego.

II. LOS RASGOS DEL GRIEGO ORIENTAL

Porzig había establecido¹ que el jonio y el arcadio-chipriota derivaban de un mismo dialecto, hablado antes en el Peloponeso, Atica y Beocia, con lo cual llevaba un paso más allá mi tesis de su relación estrecha, de ser dos dialectos procedentes de la evolución de una misma área dialectal, aunque yo colocara fuera de Grecia dicha evolución. Pues bien, el descubrimiento en el micénico, una vez descifrado, de rasgos coincidentes ya con uno, ya con otro, ya con ambos dialectos, hacía fácil la conclusión, sacada por Risch, de que es precisamente del micénico o de una lengua próxima de donde se originaron arcadio-chipriota y jonio. Con ello se prescindía, de paso, de la idea de Porzig de que el micénico procedía de una invasión eolia del Peloponeso.

Todo esto era fácil de concluir. Los rasgos comunes al micénico, arcadio-chipriota y jonio, es decir, al griego oriental (dejando de lado, de momento, el «aqueo» de la epopeya), son fundamentalmente los que siguen. Advertimos que cuando se trata de elecciones pueden aparecer también en el dialecto que tiene la contraria; que cuando se trata de innovaciones, pueden no estar completadas; que a veces los datos son incompletos por faltar el testimonio de algún dialecto, sobre todo el micénico; y que todo lo que sigue ha de ser precisado mediante el testimonio de la lengua épica. Puestas estas advertencias previas, los rasgos del griego oriental son:

Fonética:

ti- > *si-* General, aunque con ciertas excepciones en mic. y Hom., falta en panf.²

-ss- > *-s-* La simplificación de la *-ss-*, procedente de *-ss-* y grupos homomorfémicos de dental + *i*, se da como general³. Pero la interpretación como *-s-* simple de la *-s-* micénica es pura deducción a partir de los otros dialectos. Y en Hom. la alternancia *-σσ-* / *-σ-* (τόσσοσ/τόσος, μέσσοσ/

¹ «Sprachgeographische Untersuchungen zu den altgriechischen Dialekten», *IF* 61, 1954, 147-169.

² Sobre los hechos del mic., exposición confusa en Wathelet, p. 98 ss.: sus explicaciones no hacen que el hecho deje de seguir existiendo.

³ Cf. nuestro próximo art. contra la teoría de que en beoc. y aun en todo el eolio se conservó mucho tiempo *-ts-*. El tratamiento beocio *-ts-* > *-ττ-* es muy reciente, pues no afectó al ático; es análogo de otros.

μέσος), con utilización métrica y formularia, revela que la extensión del fenómeno en gr. oriental fue sólo gradual. Sobre la interpretación como eolismo cf. *infra*, p. 110.

Morfología:

- οί, αί Es, como es bien sabido, una innovación. Faltan datos del mic. y panf.; en Hom. hay tanto οί, αί como τοί, ται, arcaísmo falsamente calificado a veces de eolismo.
- σύ Testimoniado en jon.-át., arc.¹ y Hom., es forma análogica a partir del ac. *tue > σέ, etc. Lo arcaico, τύ, se conserva en dialectos occidentales y en hom. τύνη.
- ναι Como se sabe, es desinencia característica del inf. atemático en jon.-át. y en arc.-chip., aunque Hom. presenta también la des. occidental -μεν: se trata, sin duda, de un hecho de elección, todavía no cumplida totalmente en la lengua épica (ni en dorio, cf. *La Dialectología...* cit., p. 32). Faltan datos del mic., donde si hay algún inf. atemático lleva la des. de los temáticos (*te-re-ja-e*, como arc. ἐξίεν, jon. τιθειν): el gr. oriental, evidentemente, no había resuelto decididamente la formación de estos infinitivos.
- εισί Esta forma, propia del jon., Hom. y el mic. (*e-e-si*) representa una innovación, la extensión del grado *e* en esta raíz: se oponen las formas de 3.^a pl. en dor., beoc., tes. (έντί, etc.). Cf. también arc. έόντω.
- [-τ] En 3.^a sg. atemática prim. Hallamos estas formas en Hom. δάμνᾱ, πίλνᾱ, que encuentran formas correspondientes en eolio (lesb. τίθη, etc.); pero es seguramente aqueo, cf. chip. ζάει, mic. *te-re-ja*². Alterna con -τι > -σι, que se impuso en jon.-át.
- μεν Esta des. de 1.^a pl. no sufre excepciones en el gr. oriental, aunque faltan datos para el mic. Es sabido que representa un hecho de elección frente al -μες occidental: sea que

¹ Cf. Thumb-Scherer, *Griechische Dialekte*, II, Heidelberg 1959, p. 130.

² Cf. Schwyzler, *Gr. Gr.*, I, p. 659.

sean en el origen, respectivamente, una des. secundaria y una primaria, como suele decirse; sea que, como pienso¹, sean formas alternativas de todas las 1.^{as} pl. Es una oposición tajante, sin duda lograda antes de separarse el gr. oriental.

-(σ)αν Es un rasgo muy característico del jon.-át. la 3.^a pl. sec. aтем. en -σαν substituyendo a las formas de tipo εθεν conservadas en Hom. y en dorio. Ahora bien, en arc.-chip. y aun en eolio encontramos una 3.^a pl. en αν (chip. κατέθιγαν arc. συνέθεαν, beoc. άνέθεαν) sin duda emparentada. Están rehechas sobre el aor. sigmático, posiblemente en una fase -αν y en otra -σαν.

-σα, -σω La generalización de -s- en el aor. y fut. de los temas en -d-, -g-, por oposición a la generalización de -ξ- en gr. occidental, es un rasgo gr. oriental. Pero tanto en Hom. como en arc.-chip. existe todavía una situación vacilante². Se trata, pues, de elecciones (generalizaciones) de origen antiguo, pero difusión lenta. No hay datos sobre el mic.

Léxico, indeclinables:

βολ- El grado o de esta raíz es característico de los dialectos orientales (arc. βόλομαι, jon.-át.-Hom. βούλομαι., cf. lesb. βόλλομαι), frente a formas diversas con e en dialectos occidentales, incluido beocio y tesalio. Sin duda la o es una innovación sobre el perf. Hom. (προ)βέβουλα. No hay datos del mic.

ίερός Es conocida la existencia de esta forma de la palabra (y arc.-chip. ιερης, ιηερης, mic. i-je-ro) en todo el gr. oriental, frente a ίαρός en occidental; en jon. hay ίρός, en lesb. Ιρος. Prescindimos de la situación de tes. y beoc. Es contravertida la interpretación de las formas: si la etim. relacionada con ved. *iśirá-* es buena, ίερός parece innovado, pero se discute. Lo que es claro es que ίαρός no ha dejado huellas en gr. oriental.

¹ Cf. *Lingüística Indoeuropea*, Madrid 1975, p. 625.

² Cf. López Eire, art. cit., p. 233 ss. Ruijgh, ob. cit., p. 71 ss.

- εἴκοσι Aparece en jon., arc.-chip. y Hom. (también ἑξήκοσι) frente a la forma occidental Εἴκοσι. No hay datos del mic. Es una clara innovación.
- ἄν Esta partícula es característica del jonio, arc. y Hom., donde también hay κε; esta última partícula es la propia del chip. (y hay quizá huella de ella en el arc. εἰκ ἄν si viene de εἰ κε ἄν, pero es asunto controvertido). Parece, pues, que el gr. oriental ha tendido a elegir ἄν, pero conserva huellas de κε, propio del eolio; en dor. hay κα. La relación entre κε y κα es idéntica a la de γε y γα, que coexisten, por ejemplo, en Hom.; son fluctuaciones propias del sistema de las partículas indoeuropeas, cf. *Linguística Indoeuropea*, Madrid 1975, p. 864, y sobre el origen de todas estas partículas, *La Dialectología...* cit., p. 32. No hay datos del mic. ni son claros los del panf.¹
- εἰ, ἦ El gr. oriental presenta la conjunción εἰ (jon., arc.) o ἦ (chip., también beoc., aquí escrito αἰ), mientras que en el occidental hay αἰ. Es un hecho de elección². Faltan datos del mic. y panf., en Hom. hay εἰ y αἰ, esta forma es también lesbia.
- οῦ Se encuentra en adverbios del jon. y arc. (ποῦ, etc.), mientras que el dorio prefiere -εἰ; también hay formas en -οι, muy extendidas. Son hechos de elección, cf. *La Dialectología...*, p. 33.
- πρός, πός El πρός del jon.-át. y el πός del arc.-chip. remontan, respectivamente, a προτί, ποτί, ambos en Homero, a través de formas con la -t- asibilada, de las que queda *po-si* en mic. (cf. también p. 97 sobre *pa-ro* = *pros*).

¹ No creo aceptable la nueva teoría de K. Forbes, «The relations of the particle ἄν with κε(ν), κα, καν», *Glotta* 37, 1959, pp. 179-182 y W. F. Wyatt, art. cit., página 573 ss., según los cuales todas estas partículas tendrían un origen común (de αἰκεν vendría fonéticamente εἰκαν, analizado luego como conteniendo εἰ y ἄν; κα sería innovación). Estos autores fuerzan las cosas terriblemente por no querer reconocer la posibilidad de que se adopten formas de origen distinto para funciones iguales o semejantes, incluso hipercharacterizándose unas con otras, como en arc. εἰκ ἄν y en Homero.

² Cf. *La Dialectología...*, p. 31; López Eire, art. cit., p. 265.

La forma ποτί es la usual en dor., que perdió la variante προτί (pero cf. cret. πορτί). Hay además πρες en lesb. y πρετί en panf.¹.

-τε, -τα Las enclíticas -τε, -τα y -κα de ciertos adverbios se reparten mediante hechos de elección, en los cuales el gr. oriental presenta casi siempre la forma -τε (pero cf. Hom., át. εἶτα, ἔπειτα, con la forma que es habitual en lesb.). El dorio presenta -κα, por lo demás en estado residual en gr. oriental (ἦνίκα, αὐτίκα).².

Estos son los datos principales que caracterizan al griego oriental por oposición al occidental. Como puede comprobarse, se trata bien de innovaciones que no dejan huella en el griego occidental, bien de elecciones. En este caso a veces se trata de una elección común de todo el griego oriental contra todo el occidental; otras, el griego oriental se reparte en varias elecciones. Puede haber en el griego occidental huella de las elecciones orientales y viceversa; pero en el caso de -μεν/-μες no aparece huella alguna. Sin embargo, hay que insistir en que a veces faltan datos de tal o cual dialecto y, muy concretamente, del micénico: lo más probable es que compartiera las innovaciones del griego oriental, pero es menos seguro en el caso de las elecciones.

Hay que añadir el mantenimiento en el griego oriental de una situación conservadora frente a una innovación occidental: pero esto es rarísimo, los ejemplos más claros son la falta en el griego oriental de los tipos ἐμέος, ἐμίν, τίν (pero cf. Hom. τείν)³ y αὐτοσαυτόν y del verbo λῶ. En cambio, sí puede mantenerse en tal o cual dialecto del griego

¹ Cf. Schwyzer, *Gr. Gr.*, I, p. 659.

² Tampoco aquí me parecen aceptables las tesis de Wyatt, p. 574 ss., sobre una derivación de ὄτε a partir de **io-k^he* y una evolución -e > -a en dorio y lesbio. No hay huella de labiovelar (cf. mic. *o-te*, citado por el mismo autor) y los dobles con -e/-a son normales en las raíces prenominal-adverbiales. Hay elección, pues: no innovación del dorio y lesbio.

³ Wyatt, art. cit., p. 622, si bien reconoce el carácter arcaizante del dorio, propone algunas otras innovaciones. Pero no pensamos que sea éste el caso de κα, ὄκα, πρόσθα, hechos de elección sin duda; menos de πρώτος, que es la forma etimológica de **prHtos*, cf. *Estudios sobre las sonantes y laringales indoeuropeas*, 2.^a ed., Madrid 1973, p. 197 ss., siendo πρώτος innovación. En cuanto al «futuro dórico», al estar también en ático, no aporta gran cosa; sobre todo si es considerado, como se hace generalmente (y no hay razón para otra hipótesis más complicada) como un arcaísmo, cf. *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo*, 2.^a ed., Madrid 1974, p. 708.

oriental un arcaísmo que esté también en dor.: así ἦς (3.^a sg. impf.) en arc.

Si se considera que algunas de las innovaciones del griego oriental no estaban totalmente generalizadas en fecha arcaica (casos de $-τι > -σι, -σσ- > -σ-, οί, σύ$) y que ciertas elecciones tampoco estaban hechas tajantemente, habiendo incluso coincidencias con el dorio, resulta claro que en el momento en que llegaron los dorios, la diferencia de sus dialectos respecto a los orientales debió de ser reducida. Y ello más aún si las pocas innovaciones del dorio se realizaron como es probable dentro de Grecia y las elecciones también se completaron dentro de Grecia. En cuanto a la fecha de las innovaciones y elecciones del griego oriental, es difícil precisar: pero las más sistemáticas y carentes de excepciones proceden sin duda de antes de la llegada a Grecia de los griegos: es difícil, en otro caso, justificar su difusión de Pilos a Asia Menor, de Beocia (y Tesalia, sin duda) a Creta. Incluso un fenómeno como la asibilación de $-ti$ es seguramente premigratorio en su arranque. Pero sobre este tema hemos de hablar más detenidamente en otro lugar.

De todas maneras, hay que considerar que nuestra descripción del griego oriental es sin duda incompleta. Por ejemplo, ciertos rasgos de Hom. y el jon.-át. eran seguramente panorizontales, pero faltan los datos del mic. y del arc.-chip.:

τέσσερες Frente a la variante occidental τέτορες las formas τέσσερες, τέτταρες del jon. y át.¹ y πίσυρες del eol. parecen recientes, resultados de nivelar en sentidos diversos y con tratamientos fonéticos también diversos la declinación de la palabra. En Hom. hay τέσσαρες (por τέσσερες?) y πίσυρες. Sin embargo, tanto τέτορες como τέσσερες tienen paralelos indoeuropeos: lat. *quattuor*, lit. *ketveri*, etc. Hay, pues, una elección, seguida de regularizaciones en griego oriental. Pero carecemos de datos para el arc.-chip. y mic.

-εις Esta forma de 2.^a pers. sg., testimoniada en Hom. y jon-át., representa frente al -εις del dorio un hecho de elección seguido de una innovación, el añadido de $-ς^2$. Nada extraño que una glosa de Hesiquio atribuya al dialecto de Pafos (chip.) ἔριες; pero parece consistente con la

¹ Cf. Scherer, p. 281.

² Cf. *Evolución y estructura...*, p. 140.

generalidad de los hechos que el arc.-chip. vaya en general con Hom. y el jon.-át.

πρῶτος Es una innovación frente al πρῶτος del dor., No hay datos de si el mic. y arc.-chip. van, como es de suponer, con Hom. y el jon.-át.

También proceden, creemos, del fondo antiguo del griego oriental una serie de rasgos que se encuentran en mic., arc.-chip. y Hom. (a veces también en eol.; pueden faltar en alguno de estos dialectos), pero no en jonio. La presunción más lógica es que aquí el jonio ha innovado eliminando estos rasgos o bien, cuando se trata de fluctuaciones, eliminando una de las dos formas alternativas; normalmente, la innovación es compartida por el dorio. De este tema hemos de hablar más despacio. Pero anticipamos los datos principales:

En una serie de casos, encontramos en Hom., mic. y arc.-chip. dobles que aparecen ya simplificados, como decimos, en jon. y dor.: πτ-/π- (πτόλις, πτόλεμος/πόλις, πόλεμος), -ο/-α < -η-, -ορ/-αρ- < -η-, formas atemáticas ocasionales de los verbos que en jon. son en -άω, -έω. El eolio suele hacer las elecciones contrarias del jon. y dor.: jon. y dor. π-, α, αρ, verbos en -αω, -εω/eol. πτ =, ο, ορ, -ᾶμι, -ημι, aunque subsisten algunas fluctuaciones.

Pero también sucede que las coincidencias se den sólo entre mic. y arc.-chip., a más del eolio (ἀπύ, distinto de casos de -ο > -υ, cf. López Eire, p. 258 ss.); o entre mic. y Hom. (patronímicos adjetivales en -ιος, también eolios). Es más, una vacilación puramente micénica como la de *e-pi* / *o-pi*, *me-ta* / *pe-da* puede estar en la base de todo el griego oriental a juzgar por huellas diversas en varios dialectos de las formas menos favorecidas. Y lo mismo puede suceder con una vacilación del arc.-chip. (y eolio): así los dobles que, junto a ὄδε, aparecen en estos dialectos con otras enclíticas (ὄνε, ὄνι, ὄνυ).

Las razones que tenemos para pensar que todas las formas mencionadas, incluidas las de los dobles, pertenecen al antiguo fondo del griego oriental, no están solamente en el examen de los dialectos que las presentan. Están también en el hecho mismo de que son arcaísmos indoeuropeos (así los verbos atemáticos en *-āmi*, *ēmi*, cf. p. 85, los adjetivos patronímicos, el tipo del pronombre con diversas enclíticas, *pt-*, *meta*, *peda*, etc.; pero también los verbos en *-aiō*, *-eiō*), unas veces. Y de que, otras, responden a evoluciones fonéticas alternativas fundadas, en el origen, en distribuciones diversas, y realizadas dentro de una

línea que encuentra claros paralelismos en otras lenguas indoeuropeas (caso de la vocalización de las sonantes, cf. *infra*, p. 87).

Sin embargo, hemos de ver que estas formas poseen un *status* muy diferente de aquellas otras mediante las cuales el griego oriental se oponía claramente al griego occidental: son arcaísmos que muy fácilmente han podido pertenecer no sólo al griego oriental, sino a todo el griego, esto es, proceder del griego común. Pues la coincidencia del jonio y el dorio en eliminar en el mismo sentido el estado fluctuante no deja otra solución, una vez que se prueba que, efectivamente, se trata de una eliminación de formas arcaicas. Es lo mismo que hay que suponer en otras innovaciones como son la pérdida de la yod (a veces conservada en micénico) o la pérdida igualmente de la serie labiovelar del micénico. También aquí hay eliminaciones comunes, en este caso incluso al arc.-chip. y eolio; y el griego oriental no hace más que continuar durante un cierto tiempo lo que era el griego común.

Claro está, el caso en que el arc.-chip. se presenta como más conservador que el jon.-át. no es exclusivo. Hay al menos un caso en que Hom., el mic. y el ático coinciden contra el resto de los dialectos: en la preposición ξύν (mic. *ku-su*). La forma simplificada σύν se extendió al resto de los dialectos griegos, incluidos esta vez el arc.-chip. y el jon. a más del dor., pero no el át. en fecha arcaica; la difusión de σύν en este dialecto sucedió ante nuestros mismos ojos, en el siglo IV.

Así, una comparación del mic.; el arc.-chip. y jon.-át.; y Hom., entre sí y con el dorio (dejando un poco entre paréntesis el eolio), nos ha permitido sentar los rasgos principales del griego oriental, unas veces con más seguridad, otras con menos; unas con datos sobre todos los dialectos, otras con conclusiones sólo hipotéticas sobre alguno de ellos, el micénico notablemente. Se trata de unas cuantas, no muchas, innovaciones y elecciones, a veces totalmente difundidas, otras sólo en parte; es muy raro que se trate de arcaísmos respecto al dorio.

Por tanto, el griego oriental es un dialecto o conjuntos de dialectos caracterizado por una especial originalidad y cohesión, según es el caso de los dialectos que se oponen a otros por rasgos innovadores y de elección. Esta cohesión ha sido de larga duración, pues muchos rasgos solo poco a poco han logrado imponerse o, al menos, difundirse más: ha durado, sin duda, desde la época preemigratoria hasta la llegada de los dorios.

Añadamos que ciertos arcaísmos del griego oriental o de alguno de sus dialectos son, en definitiva, arcaísmos de todo el griego. La suerte que han corrido en dialectos innovadores debe ser objeto de estudio.

Y, muy concretamente, hay que hacer observar cómo el micénico presenta no sólo rasgos del griego oriental en su fase arcaica sino también otros, tales la conservación de yod, wau, labiovelares, dobles *me-ta* / *pe-da*, *o-pi* / *e-pi*, *po-si* / *pa-ro*, que hemos de atribuir a la totalidad del griego. Cf. infra.

III. MICÉNICO Y PARAMICÉNICO

Ahora bien, la situación del micénico dentro del griego oriental debe ser estudiada más detenidamente. Hasta ahora hemos encontrado en él, uvas veces, formas del griego oriental, mientras que otras formas se las hemos atribuido allí donde nuestros datos eran deficientes (1.^a pl. en *-men*, etc.). Otras veces todavía hemos visto en ciertos arcaísmos micénicos la conservación de un estadio propio no sólo del griego oriental antiguo, sino incluso de todo el griego. Pero hemos anticipado que no todo el griego oriental puede considerarse como derivado del micénico. Pues, allí donde los datos sobre este dialecto no nos faltan, con frecuencia son discrepantes respecto a los que por comparación del arc.-chip. y el jon.-át. (e incluso de Homero) deduciríamos para la fase más antigua del griego oriental. Si ello es así, se impone la conclusión de que el micénico, si bien el más arcaico de los dialectos del griego oriental, es sólo un dialecto de éste; y habría que establecer su relación con los otros dialectos, de que derivan, de un lado, el arc.-chip. y el jon.-át.; de otro, la lengua épica o, mejor dicho, sus elementos «aqueos».

Examinamos por partes toda esta serie de delicadas cuestiones. Vamos a señalar dos series de rasgos (1 y 2) en que, respectivamente, el mic. representa simplemente el griego oriental (o incluso continúa el estadio del griego común) y los demás dialectos orientales son una derivación; o, por el contrario, se desprende que el mic. representa un estado dialectal parcialmente diferente del que hay que imaginar en la base de los otros dialectos greco-orientales.

I. Elementos pangriegos y panorientales

Se trata, claro está, de arcaísmos.

Remontan al griego común los siguientes rasgos del micénico ¹:

¹ Además de los rasgos que damos, hay algunas hipótesis sugestivas, pero no enteramente probadas, como la conservación en mic. y en ciertas fórmulas homéricas de las oclusivas finales. Cf. M. S. Ruipérez y J. Vara, «Le mycénien et les traces d'occlusives finales dans le texte homérique», *Minos* 13, 1973, pp. 192-196

a) Conservación parcial de la *i* (*jo-*, *ijero-*, etc.)¹ y casi general de la digamma, con muy pocas excepciones². En el primer fenómeno, el mic. va solo entre todos los dialectos griegos, pero es evidente que conserva un estadio previo a todos ellos; en el segundo, es no menos claro que los dialectos sin digamma, como el jon., representan una innovación.

b) Conservación de la serie labiovelar; algunas grafías con *p* en vez de *q* parecen deberse a disimilaciones o bien son casos dudosos³. Este era, sin duda, el estadio del griego oriental, siendo los resultados del arc.-chip., jon.-át. y dor. fundamentalmente coincidentes: resultado de una isoglosa casi pangriega. Ciertas huellas de tratamiento especial ante *-o* en arc. son simples arcaísmos: los signos ζ y ν revelan una pronunciación dentalizada pero aún no oclusiva⁴. En nuestra opinión el eolio con su tratamiento labial ante *-e*, *-i* (con excepciones) representa otro arcaísmo: el mantenimiento durante cierto tiempo de la labiovelar en esa posición, con labialización sólo en una fase posterior. Evidentemente, la isoglosa que dentalizaba las labiovelares ante vocales palatales, de origen jonio-dorio (cf. nuestro próximo artículo) penetró muy incompletamente en otras áreas lingüísticas: en arc.-chip. ya lo hemos dicho, mientras que en eolio triunfó sólo en unas pocas palabras ($\tau\epsilon$, $\tau\acute{\iota}\varsigma$, etcétera). En los demás casos se impuso la isoglosa propiamente eolia de la labialización, que no es más que una extensión a esa posición de una isoglosa general.

c) Conservación de *h*, procedente de *s* o *i*, que está cayendo: que luego los dialectos regularicen bien su mantenimiento, bien su caída, representa el triunfo de dos tendencias contrapuestas. Sobre la *h* micénica, cf. Ruijgh, *Études...*, p. 54 ss. También es arcaica la falta de restauración de $-\sigma$ en *-o-i*, *-a-i* por $-\sigma\sigma\iota$, $-\alpha\sigma\iota$ ⁵.

d) Carencia absoluta de formas contractas; va en esto el mic. más lejos que Hom. y el jon., pues hallamos un inf. *e-ke-e* (Hom. jon. $\epsilon\chi\epsilon\iota\nu$).

e) Falta del artículo (aunque, en realidad, tampoco está testimoniado δ , $\acute{\alpha}$, $\tau\acute{o}$ como demostrativo).

f) *e-me* = $\epsilon\mu\acute{\epsilon}\iota$ sustituido en todos los dialectos griegos por $\epsilon\nu\acute{\iota}$ (analógico).

¹ Evidentemente, la *i* estaba en trance de perderse, cf. Ruijgh, *Études...*, página 64.

² Cf. Wathelet, ob. cit., p. 145.

³ Cf. M. Lejeune, «Les labiovélares en grec mycénien», *BSL* 53, 1957-58, páginas 25-26.

⁴ Cf. Thumb-Scherer, ob. cit., p. 125.

⁵ Cf. López Eire, «La pérdida de *s* en griego», *EC* 15, 1971, p. 223.

- g) δλεῦκος (cf. *de-re-u-ko* KN Uc. 160.4), no γλεῦκος, 'vino dulce'.
 h) *me-re-u-ro*, *me-re-li-rija*, formas alternantes junto a formas con *η-* > *α-* (ἄλευρον, ἀλετριδες), pero también hay μάλευρον.
 i) Los adjs. en *-o-we* prueban un **ομος* / **ομεσος* 'oreja' en vez del gen. οὔατος > ὠτός. Pero cf. ya *a-no-wo-to* < ουντ-.

En los casos que acabamos de mencionar las soluciones de los dialectos postmicénicos son sensiblemente coincidentes, producto de una evolución común. La hipótesis que se impone es que micénico y paramicénico coincidían en los arcaísmos citados; es poco verosímil que el paramicénico hubiera iniciado ya la evolución. Quizá la hubiera ya iniciado, en cambio, en la solución de grupos *rh* y otros del mic. (con *h* ya de *s*, ya de *i*) que dieron luego resultados varios¹.

2. Rasgos arcaicos micénicos que no es seguro que sean pangriegos ni panorientales

Estudiamos separadamente tres casos: el micénico presenta una forma única, arcaica; el micénico presenta un doblete, con dos formas arcaicas o, en el tercer caso, ya griegas. En estos casos hay posibilidad y aun, a veces, seguridad de que, por muy arcaica que sea la forma micénica, junto a ella había otra u otras en griego oriental, quizá incluso en griego común; o bien se han producido elecciones dentro de los dobles micénicos.

A. Forma única, arcaica, del micénico, de fecha ide.

a) Conservación de ciertos grupos consonánticos: *ai-ka-sa-ma* = αἰχμή, *e-ra-pe-me-na*, *a-ra-ro-mo-te-me-na* (con *-pm-*, *-tm-*).

b) Es posible, pero inseguro, que el mic. presentara un nom. sg. en *-α* de la 1.^a decl., masc., tal como aparece en Hom., beocio y en huellas de dialectos occidentales, pero no en el resto del griego.

c) En dat.-loc.-instr. la grafía *e-ge-ta-i* suele interpretarse como *-āsi*, lo que nos llevaría a una forma conservada en ático, Hom., raramente en jon. y dial. occidentales; las formas *-ησι* del jon., *-αις* del arc.-chip., dor., át. reciente, son contaminadas con las des. de la 2.^a decl., pero muy antiguas²

¹ Cf. infra, p. 93.

² Sobre todo esto, cf. López Eire, «El micénico, testimonio e incógnita», *Homenaje a Antonio Tovar*, Madrid 1972, p. 279 ss. En contra Ruijgh, *Études...*, página 82 ss.

d) La forma *-pi* de casos obl. de pl. es, como se sabe, un arcaísmo que halla su paralelo en Hom. y beoc. (-φι); no es segura su presencia en la totalidad del griego común ni del oriental en fecha antigua.

e) *to-to*, si no es grafía por *to-u-to*, equivale a jon.-át. τότο por τοῦτο.

f) *pei* es un dat. pl. del reflexivo equivalente a arc. σφεις.

g) *mi* equivale al Hom. y jon. μιν.

h) El mic. presenta sólo el comparativo con *-ios* (*me-zo-e*, *me-zo-a*, etcétera), no el con *-is-on* ni el con *-te-ro*, que son pandialectales en griego.

i) Los patronímicos adjetivales en *-i-jo* equivalen, como se sabe, a otros correspondientes en Hom. y eolio en *-ios*. Hom. usa también la forma de gen.

j) La des. *-to(i)* de 3.^a sg. prim., normal en otros dialectos, hoy se reconoce que representa la forma indoeuropea arcaica¹: se conserva en arc.-chip., mientras que la innovación *-ται* es común a todos los demás dialectos, ignoramos desde qué fecha. Nuevas propuestas para hacer de *-ται* la forma antigua desconocen los hechos indoeuropeos en que se basa la interpretación que seguimos.

k) Las formas de part. perf. conservados en mic. son todas n. pl. en **-uosa* (*a-ra-ru-wo-a*, *te-tu-ko-wo-a₂*), que se oponen a las formas con **-uota* del resto del griego. Su coincidencia con las formas en *-uamsi* del ai. hace que Szemérenyi² las considere arcaicas. Aunque quizá se trate en realidad de elecciones.

l) Mic. *ku-su* equivale al ξύν de Hom. y el át. arcaico. La forma innovada σύν está en Hom. y en todos los demás dialectos; la vemos penetrar en ático. Quizá la innovación, en este caso y en alguno de los anteriores, se diera ya en paramicénico.

m) Mic. *po-to-* = πτο- en derivados de πτόλις y πτόλεμος³, lo que coincide con Hom. y el arc.-chip. (aunque hay fluctuaciones); no hay huella en otros dialectos.

B. Doblete arcaico del micénico, de fecha ide.

a) El mic. conserva el doblete *me-ta* / *pe-da*, como ya se ha dicho: ambas formas son indoeuropeas antiguas. Aunque el griego oriental reciente prefiere en general μετά, hay huellas de πεδά en Arcadia

¹ Cf. *Linguística indoeuropea*, p. 606.

² «Mycenaean: A milestone between indo-european and historical Greek», *Atti Roma II*, p. 716. Aunque quizá se trate en realidad de elecciones.

³ Cf. Thunb-Scherer, p. 235.

y otros lugares del Peloponeso, aparte de ser la forma regular del eolio¹.

b) Análogo es el caso de la preposición *o-pi / e-pi*. Hay huellas de *ōpi* en jon.-át., aparte del tes.

c) Aunque la cosa no está completamente clara, parecen existir en mic. formas atemáticas de verbos en *-ā* (*te-re-ja, te-re-ja-e*), al lado de un temático *to-ro-qe-jo-me-no* de un verbo en *-éω*. Es sabido que la flexión atemática es habitual para estos verbos en eolio, pero que también se da en Homero (junto con la contracta) y que hay huellas en arc.-chip.² y algunas sueltas en dialectos dorios. Ahora bien, resulta claro hoy día que dichas formas atemáticas remontan a un arcaísmo indoeuropeo, que tendieron a eliminar el griego y el i.-i.³ Parece, pues, que formas atemáticas y formas temáticas remontan al griego común; lo que no podemos fijar exactamente es la fecha de la tendencia a eliminar las primeras *o*, al contrario (en eolio), las segundas.

d) El dat. sg. atemático es en mic. ya *-e = εi*, ya *-i*: pensamos⁴ que éste es el estado antiguo, siendo secundarias las elecciones entre estas formas o su redistribución según los casos. Ahora bien, el resto del griego presenta *-i* y apenas huella de *-εi* (*Διείφιλος* puede representar una refección métrica).

Sin datos directos y sólo por inducción a partir de los datos de los dialectos posteriores hay que atribuir al micénico (y al paramicénico) fluctuaciones entre formas arcaicas del tipo de las mencionadas ya: *āv/κε, εἰ/ῆ, -vai/-μεν, ὄδε/ὄνε, ὀνί*, etc.

En todos estos casos, decimos, los dialectos posteriores han innovado o elegido respecto al estadio micénico; a veces, también, lo han conservado. Y no podemos fijar exactamente el momento de las innovaciones o elecciones: tal vez en fecha reciente, tal vez en otra antigua, en un dialecto paramicénico. Lo mismo puede decirse en un tercer caso en el cual los dobles del mic. no remontan ciertamente al ide., pero sí pueden remontar al griego común. Nos referimos a la vocalización de las sonantes:

C. Doblete arcaico del micénico de fecha ya griega

a) *η, ηi > o* es, como es sabido, una evolución muy discutida, negada con frecuencia. Pero es innegable en mic., lo que da nuevo relieve a cier-

¹ Cf. López Eire, p. 253.

² Cf. Thumb-Scherer, p. 133.

³ Cf. *Evolución y estructura...*, p. 149 ss.

⁴ Cf. *Lingüística indoeuropea*, p. 462 ss.

tos hechos del arc. (δέκο, δεκοτόν. etc., cf. Thumb-Scherer, p. 119) que son también esporádicos en otros dialectos, así como a ciertos hechos homéricos¹. Puesto que, de otra parte, la solución *a* es la habitual no queda sino pensar que en mic. (y en paramicénico) se conservaban vacilaciones *a / o* en la evolución de las nasales vocálicas.

Hoy día esta idea, que vengo sosteniendo hace largos años², es generalmente admitida³. Parece generalmente descartada, pues, la hipótesis⁴ de que *a* y *o* testimoniarían dos dialectos micénicos: tiene un apoyo suficiente en general y choca con la mezcla de ambas soluciones en arc.-chip. y eolio y en el mismo mic.

En cuanto al criterio con que se distribuyen las soluciones *a* y *o*, creo que hay que superar el escepticismo de Mme. Bader⁵, que por cierto ha aportado datos nuevos a la existencia de *o* en todo el griego. Desde mi artículo de 1958 (que no conoce) y luego, más en detalle, en el de Moralejo, pienso que han quedado claras,

a) Las bases de la distribución, en función la *o* de los fonemas vecinos labiales y guturales y sin restricción ninguna la *a*;

b) Los fundamentos fonéticos de este hecho, con paralelos en otras lenguas indoeuropeas;

c) El hecho de la existencia en los distintos dialectos de tendencias a generalizar un vocalismo para cada sonante, pero quedando restos de las soluciones menos favorecidas.

Todo esto es igualmente válido para la vocalización de *ɾ*, *ʎ*.

En estrecha conexión está la fluctuación entre *ὄν-* y *ὄν-*, *ὄν-*, que se da en arc., mientras el chip., con el tes. y lesb., prefiere *ὄν-* (hay **ὄν-* en chip. *ὄν-*) y en mic. hay *an-* (igual que en Hom.)⁶. Si, como

¹ Cf. Chantraine, *Gramm. Homérique*, París 1942, p. 25.

² Cf. «La vocalización de las sonantes indoeuropeas», *Emerita* 26, 1958, pp. 249-309 (recogido en *Estudios sobre las sonantes...*, p. 3 ss.) y «Sobre la evolución griega de las sonantes indoeuropeas», *Studia Classica et orientalia*, Hom. Pagliaro I, 1969, pp. 63-74 = *Estudios sobre las sonantes...*, pp. 359-68.

³ Cf. sobre todo A. Morpurgo-Davies, «The treatment of *ɾ* and *ʎ* in Mycenaean and Arcado-Cyprian», *Atti Roma II*, 1968, pp. 791-914 y «L'esito delle nasali sonanti in miceneo», *RAL* 15, 1960, pp. 321-336; F. Bader, «De mycénien *matovopuro*, *arepozoo* à grec. *ματρόπολις*, *ἀλειφόβιος*: le traitement des sonantes-voyelles au premier millénaire», *Minos* 10, 1970, pp. 7-63; Wathelet, ob. cit., p. 173 ss.; J. J. Moralejo, «Sonantes y griego micénico», *Emerita* 41, 1973, pp. 409-426.

⁴ Cf. Risch, art. cit., Cowgill, art. cit., p. 83.

⁵ Art. cit., p. 58: «l'existence d'une double resonance vocalique pour les sonantes voyelles n'a jamais reçu d'explication satisfactoire».

⁶ Cf. los datos en García Ramón, *Les origines postmycéniennes du groupe dialectal éolien*, Salamanca 1975, p. 51 y Thumb-Scherer, p. 119.

pensamos, se trata realmente de dos evoluciones de **ona*, resulta claro que un dialecto paramicénico ha sido más conservador que el mic. (o el mic. que ha llegado a nosotros).

d) Cosas parecidas pueden decirse de la vocalización con *o* de *r*, *l*, tema sobre el cual remitimos a la bibliografía que acabamos de citar¹: los criterios de distribución son los mismos. Las fluctuaciones *o* / *a* del mic. y del arc.-chip. deben hacernos interpretar como aqueas y no eolias las formas antiguas con *o* de la epopeya (lo que no obsta para admitir que secundariamente hayan entrado formas con *o* del eolio). En este caso, como en otros, hay innovación común del jon.-át. y el dor., que generalizan *a*, con excepciones; como, inversamente, en eolio hay *o*, también con excepciones. El sentar *a priori* que cada dialecto tenía en el origen un solo tratamiento choca no sólo con los datos, sino también con el hecho de que el reparto tiende a hacerse, en fecha antigua, de acuerdo con el timbre de las consonantes en contacto².

En el caso de la vocalización de las sonantes, nuestra teoría, que hace remontar al más antiguo griego tanto las soluciones con *a* como las con *o*, se basa, aparte de en huellas en los distintos dialectos griegos de la solución menos favorecida, en el hecho de que la vocalización de las sonantes tenía lugar en las lenguas indoeuropeas en formas varias, según se impusieran los timbres de los fonemas vecinos o la tendencia a la máxima abertura. En nuestros *Estudios...* hemos presentado los datos, incluidas soluciones con *u*, *i* en varios dialectos griegos, la existencia de *a* y *o* en lat., etc., con regularizaciones secundarias, etc. Por tanto, tanto en este caso como en los anteriores sospechamos que el micénico presentaba un estadio arcaico, prácticamente coincidente con el griego común; estadio que, en parte, se nos presenta también conservado en eolio. El problema estriba en las innovaciones y elecciones de los dialectos postmicénicos: ya pueden provenir de evoluciones recientes de algunos de ellos o de todos (evoluciones pangriegas o jonio-dorias), ya de otras escalonadas en el tiempo y el espacio. Es decir, algunas de ellas pueden haberse dado ya en dialectos paramicénicos. Aunque insistimos en que es en el apartado 4 (p. 95) donde la hipótesis del paramicénico adquirirá una mayor consistencia.

¹ Cf. también *La Dialectología...*, p. 53 ss.

² Al otro prejuicio de que cuando hay discrepancia entre los dialectos una solución es la antigua y común y la otra una innovación a partir de ella, con lo que se desconocen los hechos de elección, se debe la tesis de Wyatt, «Sonant /r/ and Greek Dialectology», *SMEA* 13, 1972, pp. 106-122 de que lo antiguo es *ar*, que evolucionó a *or* en determinadas distribuciones según los dialectos.

3. *Excurso sobre las representaciones griegas de las sonantes vocálicas y sobre los grupos s + líquida, líquida + s y líquida + i.*

Antes de seguir adelante es forzoso que nos detengamos en dos puntos cuya solución prejuzga las relaciones entre el micénico, los dialectos del primer milenio y el aqueo épico. Pensamos nosotros que, en ambos, el estadio alcanzado por el micénico es continuado por el aqueo y parte de los dialectos del primer milenio, innovando los demás; y las opiniones que vamos a criticar no distan de proponer lo mismo, pero con detalles bastante diferentes, lo que tiene indudable repercusión en el cuadro que vaya a trazarse sobre la evolución general de los dialectos griegos.

I. Evolución de las sonantes vocálicas

Frente a la teoría que hemos sostenido, que implica que ya en micénico existían vocalizaciones alternativas *a* y *o* de las nasales vocálicas y *ar/or*, *al/ol* de las líquidas, la nueva teoría de Heubeck¹ propone que el mic. y Hom. conservaban todavía las antiguas líquidas vocálicas *ɾ* y *ʎ*: lo cual, aparte de romper el paralelismo con las nasales, plantea un problema grave al aislar los hechos del mic. y el aqueo épico de los demás dialectos. Pues para nosotros hay simplemente una fluctuación propia ya del griego común, fluctuación ya conservada, ya reducida en un sentido o en otro y con mayor o menor regularidad.

Esta teoría se apoya en dos propuestas: la de que fórmulas homéricas como ποθέων ἀνδροτήτα quedarían regularizadas métricamente si se leyera **anrlāta*; y la de que los dobles micénicos del tipo *to-no / to-ro-no* (= θρόνος) se deberían a vacilaciones de transcripción causadas por la falta de un signo para la *ɾ* silábica.

Ahora bien, sea cualquiera la explicación que se busque para fórmulas como la indicada, resulta claro que existen otras muchísimas en Homero en las cuales es requerida la vocalización de la sonante: así se alterna καρτερός /κρατερός según se requiera una sílaba inicial larga o breve, y hay otros dobles paralelos; las formas con breve inicial tienen además el efecto de preservar la cantidad breve de una vocal final de la sílaba precedente, como también hay el tipo ἀπὸ θρόνου ὄρτο, ἀπὸ προπίδων *Il.* 24, 514-515. Hay, por supuesto, ἀνδρ- largo. Todo esto sería imposible en un estado de lengua con sonantes sin vocalizar.

¹ Cf. A. Heubeck, «Syllabic *ɾ* in Mycenaean?», *Acta Mycenaea* II, pp. 55-79.

La realidad es, simplemente, la existencia ocasional de *correptio* ante el grupo *muta cum liquida* en casos como ἤδὲ τραπεζᾶς, εἰνὶ θρόνῳ: no hace falta, para explicar el origen de la *correptio* (que, como decimos, falta muchas veces), acudir a la conservación de *γ*, basta con postular antiguas formas con τᾰρπεζᾶ, θᾰρνος, por lo demás testimoniadas en mic. (*to-pe-za, to-no*)¹. Imitación de esto es que ἀνδροτῆτα tenga en sólo tres pasajes homéricos escansión con primera sílaba breve: en otro caso, ἀνδροτῆτα no entraba en el verso (como ἀνδροφόνος no entra si no se mide larga la primera, lo que es por lo demás regular). No creo en absoluto en un **anytāta*. En los grupos de dos líquidas es inexistente la solución de vocalizarlas a ambas, más increíble aún que en Homero estuviera vocalizada la primera y no la segunda. Hay que creer, al contrario, que hay desde antiguo **anro-*, siendo *o* vocal temática que une los elementos del compuesto. Nos hallaríamos, pues, ante una nueva *correptio* de **anro-* o incluso de **andro-*, pues la *d* epentética la hallamos ya en mic. (*a-di-ri-ja-te*). No es más escandalosa que la *ā* de ἀνέρι, ἀνήρ, que aparece ocasionalmente.

Por otra parte, toda esta teoría olvida la cuestión de los timbres: que la existencia de *a* y *o* coincide con el mismo fenómeno en mic. y aun en el protogriego y no puede ser casual. Es una alternación antigua, fuera de Homero y del micénico los demás dialectos han procedido a regularizaciones. Si atribuimos a cada dialecto en particular el timbre de una vocalización, es imposible explicar las coincidencias existentes entre Homero, el micénico y hechos dispersos en la totalidad de los dialectos.

Téngase en cuenta, también, que los timbres *a* y *o* se encuentran igualmente en la vocalización de *η*, *η̄*, como sabemos. No podemos pensar que cuando se trata de *γ*, *λ* sean vocales puramente gráficas o bien recientes y que, en los otros casos, la vocalización sea antigua: todos estos hechos forman sistema. Ni parece lógico postular, para no incurrir en incoherencias, que Homero y el micénico conservaban *η*, *η̄*.

En cuanto a la fluctuación *to-no* / *to-ro-no* (pues de las formas con *a*, que son las decisivas, no se nos habla), es una entre tantas fluctuaciones de la ortografía micénica. Posiblemente recoja variaciones de pronunciación del tipo *or* / *or^o*, que hemos de suponer: cf. sobre ellas mis *Estudios sobre las sonantes...*, pp. 203 ss., 221 ss. Pero ni siquiera hace falta suponer esto: tal vez lo que ocurre es que, junto al sistema que no nota la sonante en el grupo vocal + sonante + consonante (*to-no*), tiende a crearse otro que sí la nota, aunque al precio de introducir una

¹ Cf. Moralejo, art. cit., p. 426.

vocal gráfica (*to-ro-no*). Cf. por ejemplo *pe-ma* junto a *a-ra-ro-te-me-na* y Moralejo, lug. cit., p. 422. Es una vacilación semejante a la conocida de *ko-to-na* / *ko-to-i-na*, pero no prueba de una sonante vocálica (que, si hubiera existido, habría llevado a la creación de un signo independiente, como en sánscrito). Y además, ¿por qué notar unas veces *o* y otras *a*? Es indudable que por causas fonéticas: o sea, porque existía vocalización.

Por tanto, la teoría de Heubeck, que choca con todo el sistema de la vocalización de las sonantes y propone problemas insolubles a la relación de los dialectos, al texto homérico y a las grafías del micénico, nos parece rechazable.

2. Evolución de los grupos *s* + líquida, líquida + *s* y líquida + *i*

Sobre la base de algunos precedentes¹ M. S. Ruipérez ha propuesto² una teoría que supone que en todos estos grupos el resultado general del griego ha sido una geminación de las sonantes: con sonantes palatalizadas en el caso de líquida + *i*, por asimilación, con sonantes sin palatalizar en los otros (y en el *-ln-*). Este estadio geminado, sería el del griego del II milenio, incluido el mic.

De ahí en el primer milenio habría resultado, en el caso de los grupos con *s*, bien la conservación de la geminación (en lesbio y tesalio), bien su simplificación con alargamiento compensatorio de la vocal precedente (lesb. *ἔμμεναι*, *χέρρας*/ jon. *εἶναι*, *χεῖρας*). En los grupos con *yod*, si precedía *a*, *o* la geminada palatal se disimilaría en *i* + *r*, *n*, despalatalizadas luego (*μαίνομαι*, *μοῖρα*) y ello en todos los dialectos; pero si la líquida es *l* el resultado sería la conservación de la geminada (despalatalizada) en todas partes (*ἀγγέλλω*, es decir, no sólo tras *a*, *o*, sino tras cualquier vocal). Finalmente, los grupos *e*, *i*, *u* + *r*, *n* + *i* darían, como queda dicho, geminada palatal de la líquida; esa geminada se mantendría en lesbio y tesalio, mientras que en los demás dialectos se simplificaría con alargamiento de la vocal precedente (*φθέρρω*/ *φθειρω*): el fenómeno se explicaría a través de una despalatalización por disimilación de la primera líquida (*er_i* > *er'r'* > *err'*, de donde *err/ēr*).

¹ Chr. S. Stang, «Quelques remarques sur le système consonantique du grec commun», *SO* 23, 1957, p. 33 ss.; W. Diver, «On the Prehistory of Greek Consonantism», *Word* 14, 1958, p. 8 ss.; A. Bartoněk, *Vývoj konsonantického systému v řeckých dialektech*, Praga 1961, p. 143.

² «Le dialecte mycénien», *Acta Mycenaea* I, Salamanca 1972, pp. 136-166.

En esta teoría, el mic. se encuentra ya en el estadio de la geminación y el lesbio-tesalio no hace más que continuarlo (con pocas huellas de lo mismo en arc.-chip.); no se nos dice nada sobre la situación del texto homérico (¿con geminadas siempre en fecha antigua, sustituidas luego por alargamientos jónicos a veces?); y se presenta la evolución de los otros dialectos como resultado de un fenómeno reciente, una oleada pangriega de abertura de sílabas acompañada de alargamientos que, como se sabe, son de tipos diferentes según los dialectos.

Nosotros pensamos, más bien, que el mic. representa una evolución de estos grupos, propia ya sin duda de una fase del griego común, en que la *s* y *z* estaban muy relajadas, posiblemente reducidas a *h* (pero véase infra, p. 93); y que la evolución de los distintos dialectos corresponde a hechos de elección que suceden por isoglosas de extensión limitada¹. Resultaría, ciertamente, muy raro, excepcional, que fuera en lesb. y tes. donde se encontrara la conservación más fiel del mic. Pero veamos los datos.

En realidad, todo este sistema está montado sobre dos apoyos:

a) El paralelismo de las evoluciones de tres palabras que se reconstruyen como comportando originalmente *-ln-* y que presentan geminación en lesb.-tes. y alargamiento de la vocal en otros dialectos (lesb. βόλλα/ jon. βουλή, lesb. στάλλα/ jon. στήλη, jon. ὄφειλω). Puesto que aquí, evidentemente, no hay fase intermedia con *h*, se propone que ésta es innecesaria para explicar los grupos con *s* y *z* y que en ellos hay que postular geminación de la líquida *y*, a partir de ahí, llegar a las soluciones con alargamiento o *i*.

b) La hipótesis de que los tratamientos de los grupos *V + líquida + z* suponen, como hemos dicho, geminación y palatalización de la sonante, seguida de despalatalización por disimilación y, luego, simplificación y alargamiento de la vocal.

La verdad es que no parece lógico fundarlo todo en la evolución de tres palabras con *-ln-*, si es que realmente hay en ellas *-ln-*, pues tampoco está demostrado; y ello mediante la hipótesis, que tampoco es más que una hipótesis, de que la primera fase es *-ln- > -ll-* y de ahí se llega a la solución con alargamiento de la vocal y simplificación de la *l*. Más bien parece lógico partir del grueso de los ejemplos en que a una geminada del lesb.-tes. responde esa otra solución en los demás dialectos: grueso de los ejemplos en los cuales no hay prueba alguna ni de palatalizaciones ni de una fase previa y común de geminación. Resulta más lógico pensar que los dos tratamientos que estamos

¹ Cf. *La Dialectología...*, p. 51.

estudiando deriven de una fase anterior común, fase micénica que podemos reconstruir en algún modo.

Pero primero los argumentos negativos:

a) Que los alargamientos tengan que ver con simplificaciones de geminadas, no es nada claro: los hay de *-ss-*, *-tt-* y *-pp-* (μέσος, ὄτι, ὅπως) sin alargamiento alguno; lo mismo hay que decir de los de *ii*, en que Ruipérez alega¹ que la simplificación es de fecha anterior; y a la *ff* eolia (asimilación o simple geminación) responden formas sin alargamiento alguno. Y no hay geminación previa tampoco en el caso de los grupos *ny*, *ry*, que producen alargamiento compensatorio en ciertos dialectos. Por tanto, si los grupos de líquida y *s* o *i* provocan al simplificarse ese alargamiento, alternativo con una geminación, será por algún rasgo común que posean: no por el hecho de una simplificación de supuestas geminadas, simplificación supuestamente ligada a alargamientos de vocal dentro de un esquema general de abertura de sílabas. Ni la simplificación de geminadas ni la abertura de sílabas tienen en sí nada que ver con los alargamientos.

b) Son complicadas unas evoluciones que suponen palatalizaciones asimilatorias seguidas de despalatalizaciones disimilatorias y alargamientos compensatorios. Y resulta notable que en los grupos *a*, *o* + *r*, *n* + *i* la asimilación no aparezca en parte alguna y, en cambio, cuando la líquida es *l*, la geminación esté en todas partes (salvo chip. αἰλῶν, Ἀπειλῶνα). Ni en el primer caso se ve geminación por parte alguna ni en el segundo hay simplificación de la geminada: los distintos tratamientos son independientes.

También es extraño que el paralelismo se encuentre en los grupos de líquida y *s*, donde ni en hipótesis puede hablarse de palatalización. No hay regularidad en los fenómenos, al menos no hay una regularidad que se aplique a partir de geminaciones, palatalizadas o no, que faltan en la mayor parte de los casos y, en otros, están en casi todo el griego o al menos fuera de los límites trazados (en Arcadia y ejemplos aislados). Pues si en un caso se atribuye a las geminadas palatalizadas una vocalización en *i*, en otro se deriva de estas mismas geminadas palatalizadas un alargamiento de vocal —que también sucede cuando ni en hipótesis se plantea la presencia de palatalización. Más bien da la impresión, como decimos, de elecciones independientes, con reparto local diferente según los grupos consonánticos. Y según las posiciones: aludo a *sr-*, *yr-* > *rr-* en segundo término de compuesto o tras reduplicación o aumento (ἐρρήθη, ἄρρητος, etc.) en una larga serie de dialectos.

¹ Cf. p. 153.

c) Finalmente, fallan los datos del micénico. Es cierto que en una serie de formas en que esperaríamos líquida + s o al revés la s no aparece (*a-ke-ra₂-te*, *na-wi-jo*, *e-po-mi-jo*, etc., de **agersantes*, **ausjo-*, **ōmso-*) ni tampoco aparece una *h* que se viene considerando como primera fase de su pérdida: ello no quiere decir otra cosa sino que la *s* estaba ya alterada. Si había *h* o no, no lo sabemos porque el micénico no marca directamente la *h*, no tiene signo para ello. Decir que la sonante era geminada no tiene apoyo alguno dentro del micénico y ya hemos visto cuán débil es el apoyo fuera. También es cierto que en una serie de palabras allí donde desde el punto de vista ide. esperaríamos *ri̇* o *ri̇i* seguidos de vocal, no aparece representada directamente la yod: tenemos *ro*, *ro₂*, *ra₂*. La fase intermedia con *h*, que habríamos de admitir sobre la base del paralelismo de la aspiración de *s* y *i̇*, insistimos en que no se escribe directamente en micénico: hay *o-*, *-i-je-si*, etc. Pero no hay indicio ninguno de geminada.

Pues —y con esto entramos en la argumentación positiva— el hecho de que encontremos a veces *ro₂*, *ra₂* en estos grupos no debe llevarnos a postular lecturas *rro*, *rva* sino, respectivamente, *rho*, *rha*: son las formas que continúan los antiguos grupos de *r* con *s* y con *i̇*. El mismo Ruipérez reconoce¹ que, al ser imposible geminada tras sonante, *-ti-ra₂* (doble de *-ti-ri-ja*) no puede ser **trra*.

Evidentemente, la *i̇* y *h* micénicas se notaban vacilantemente². Se escribe ya *jo-* ya *o-* y hay toda clase de vacilaciones de este tipo; *-a-i-jo*, *-e-i-jo*, etc. se reconoce que vienen de *-a-hi-jo*, *-e-hi-jo*, etc.; en vez de *ra₂*, *ro₂* se escribe a veces simplemente *ra*, *ro* (*ku-pa-ro₂* | *ku-pa-ro*); la *s* caída en grupos con yod, wau, *m*, *n* no deja huella. Pero hay la escritura indirecta a través de los citados signos *ra₂* (*a-ke-ra₂-te*, etc.) y *ro₂* (*a-ro₂-a* de **arjos* ‘mejor’, *tu-ro₂* de **turjo-* ‘queso’), pero también de *a₂* (*pa-we-a₂* φάρφρα ‘vestidos’), que es claro que, si marca algo diferente de *a* (y así parece), la diferencia estriba en una *h*, no en geminadas de ninguna especie.

O sea: la *i̇* indoeuropea ante vocal (en inicial y en grupos) ya se escribe como *j* o *ij*, ya no se escribe, ya se escribe indirectamente a través de signos especiales de la vocal siguiente: es claro que había un estado vacilante en que la *i̇* estaba en trance de caer, sustituida por *h* o, en todo caso, por una pronunciación relajada antecedente de la *h* y a veces no escrita. En cuanto a la *s* junto a líquida, bien no hay huella de ella, bien la hay a través de los signos especiales de las vocales; igual

¹ P. 161.

² Sobre su debilidad cf. Ruijgh, citado supra, p. 82.

ocurre para la *s* intervocálica (hay *pa-we-a* junto a *pa-we-a₂*). Así, la *h* procedente de *s* era débil, pues ni siquiera se marca siempre que hay posibilidad de ello. El paralelismo de las evoluciones de los grupos con *s* y *i* (salvo **ori*, etc.) en postmicénico y el de las notaciones en micénico (me refiero a *ra₂*, sobre todo) hace pensar que en este dialecto *i* había llegado, en las posiciones que hemos estudiado, al mismo estadio que *s*, es decir, a *h*. Pero si no es así y había una *i* relajada, se sentía como especialmente próximo a la *h*, con la que luego confluyó.

En realidad, conviene precisar. Es claro que en los grupos de tipo **eri* > *ēr* / *err* el paralelismo con el tipo **crs*, **csr* > *ēr* / *err* implica que tras *e*, *i*, *u* el sonido derivado de *i* se identificó con la *h* derivada de *s*, mediando previamente una metátesis. Lo mismo ocurre con *li*, tras cualquier vocal, aunque aquí el ámbito de *ll* sea más amplio. Pero tras *a*, *o* el resultado del grupo líquido + *i* es diferente de la líquida + *s*: el primero da *i* + líquida, el segundo sigue dando la alternativa alargamiento/geminación. Luego, pensamos, en dichas circunstancias *i* no llegó a *h*: una *i* relajada se metatizó y produjo luego el diptongo.

Si la *h* procedente de *s* y *i* da lugar, en los grupos con líquida que hemos estudiado, a soluciones posteriores ya en el sentido de la geminación ya del alargamiento, ello es porque la *h* lo mismo puede alargar una vocal precedente (es un fenómeno bien conocido) que geminar por asimilación una líquida siguiente.

En cambio, la metátesis del grupo **ori*, etc. prueba simplemente que en él no se ha llegado a crear una *h*: sólo una *i* relajada. El fenómeno es comparable al de esp. *-ariu* > *-airo* > *-ero*; de geminación no hay trazas. A su vez, donde no hay *h*, tampoco hay alargamiento. La sola excepción la forman los grupos de líquida + *u*: y es un caso especial, con alargamiento sólo en una zona dialectal reducida y sin geminación en lesb. (salvo en hipereolismos).

En cuanto a *-ln-*, suponiendo que los tres ejemplos que se dan la contengan realmente y que el resultado original sea *-ll-*, el tratamiento del dorio y jónico-ático debe de ser secundario, analógico. Aunque si las formas micénicas *o-pe-ro-ta*, *o-pe-ro-sa* y otras responden realmente a *ὄπελνο-*, puede buscarse otra solución: una relajación de la articulación de la *n* que deriva luego en las dos soluciones consabidas.

Así, en definitiva, pensamos que, por lo que respecta a estos grupos, el micénico continúa un estadio evolutivo del griego común, del que salen por diferenciación los demás dialectos. Como en otros varios aspectos, el lesb. y tes. se comportan en varios de estos grupos de un

modo diferente al jon. y dor., que comparten, como veremos, diversas isoglosas comunes.

Por lo demás, la geminación se ensayaba ya sin duda desde el comienzo del postmicénico, quizá desde el micénico mismo, a juzgar por su presencia en Arcadia y, en el caso de *li*, en casi todo el griego. En cuanto a Homero, pensamos que en su texto una fase dialectal igual a la del mic. está enmascarada por grafías lesbias y jónicas.

Por lo demás, la antigüedad del alargamiento compensatorio es generalmente reconocida. Ruijgh, *Études*, p. 60, propone incluso la fecha de las tablillas; Bartoněk, *Development of the long-vowel System in ancient Greek Dialects*, Brno 1966, p. 62 ss., habla del año 1000.

4. *Innovaciones y elecciones del micénico que lo distancian de los dialectos paramicénicos*

El micénico presenta innovaciones que no encuentran paralelo dentro del griego oriental —ni del griego en general—; y presenta otras que, aunque sí encuentran paralelo aquí o allá, eliminan arcaísmos conservados en al menos una parte del griego oriental. En ambos casos, parece claro que los dialectos de éste o, al menos, algunos de ellos, no provienen directamente del micénico, sino de un dialecto o grupo dialectal emparentado, el que hemos llamado paramicénico. Igualmente importante es el tercer caso, del que se extraen las mismas consecuencias: a saber, aquel en que entre dos formas alternativas igualmente arcaicas, el micénico ha elegido en un sentido diferente del de, al menos, algunos de los dialectos emparentados con él.

Estudiamos los tres casos uno tras otro.

1. Innovaciones micénicas

a) *Yod secundaria*. Sea cualquiera la interpretación fonética de la *z* micénica, cuestión dudosa porque aparece como resultado de grupos en que a la *yod* preceden tanto sorda como sonora, parece claro que los términos mic. *su-za* = σικέα(1), *ai-za* = αἴγια, quizá *ka-za* = χάλκια denotan la creación secundaria de una *i*. El mismo fenómeno está presente, sin duda, en formas que no presentan la *i* o *i̇* (*i*, *ij*) que esperábamos: *a-sa-ti-ja* junto a *a-si-ja-ti-ja*, *ku-ru-so* = χρύσε(ι)ος, *ku-te-so* junto a *ku-te-se-jo*. Y, asimismo, en las grafías *-ra₂*, *-ro₂* para **ri₂*, **ri₂o*, ya vistas (*a-ke-ti-ra₂* | *a-ke-ti-ri-ja*, etc.). Este fenómeno está emparen-

tado con cosas que conocemos en eolio (Πέρραμος por Πρίαμος), cf. también chip. κόρζα y Hom. chip. ζα- < δια-.

En realidad, esta creación de una yod secundaria, a la cual se aplica luego el tratamiento de la primaria, da la impresión de haber estado muy extendida en la fase más antigua del griego oriental, a juzgar por los datos precedentes. Pero es en el mic. donde más ha pesado, con algunas excepciones que señalamos. Los demás dialectos parecen haber operado, en general, una restitución del tratamiento vocálico.

b) Irregularidades en el tratamiento de la *i* primaria tras oclusiva. Hallamos *z* no sólo en los tratamientos de *d* y *g* + *i*, sino también en los de *k* y *t* + *i*: *ka-zo-e* = *κακιο(σ)ες*, *ku-ru-zo* = *γλύκιων* (?), *ke-re-za* = *κρησσα(ι)*. Esto es anómalo en griego y más si, como ocurre, para los grupos *k*, *t* + *i* tenemos también *s*, que en el caso de *ki* debe equivaler sin duda a *σσ* (*wa-na-so-i*). Son varias y no enteramente satisfactorias las soluciones dadas a este problema¹. Lo notable es que así como las soluciones en que *ss* (procedente de *ss* o *li* homomorfémico) se simplifica son comunes a todo el griego oriental, por oposición al occidental, las que crean una *σσ* no simplificable son comunes a todo el griego, al menos en un estadio de transición² a partir del cual el át., beoc. y cret. central desarrollan *ττ*. El micénico evidentemente discrepa, mientras que es claro que la solución paramicénica es la esperada. Y es igualmente notable que la discrepancia micénica coincida con su evolución de los grupos con *i* secundaria. Se trata de una innovación a partir de un estadio posiblemente con fricativa que sigue una evolución diferente en el resto del griego.

c) La forma mic. *i-ju*, *i-jo* del nombre del 'hijo' difiere claramente de *viús*, *viós* del resto del griego. Debe de haber una disimilación, si no una etimología diferente.

d) El dual *to-pe-zo* de la primera declinación no puede ser otra cosa que una innovación por paralelismo con la segunda, cf. át. du. fem. *τώ*. Un *-oi* arcaico propuesto por Szemérenyi, *lug. cit.*, p. 258, no tiene base indoeuropea. Cf. sobre esta innovación Ruijgh, *Études*, p. 84, quien añade otra más: el du. *we-ka-ta-e* de los masc. de la 1.^a declinación.

¹ Cf. M. Lejeune, «Les sifflantes fortes du mycénien», *Minos* 6, 1960, pp. 87-137; Wathélet, *ob. cit.*, p. 112 ss., entre otra bibliografía.

² *-tš-* > *-ts-* - ? El jonio y arc. conservan grafías especiales. Cf. W. C. Allen, «Some problems of palatalization in Greek», *Lingua* 7, 1957-58, pp. 113-133, quien piensa que *-ττ-* viene de *-tš-* y *-σσ-* de un estadio posterior *-ts-* (lo que aísla beoc. *-ts* > *-ττ-* de todo el proceso, sin duda es secundario).

2. Eliminación micénica de arcaísmos

El aumento es sabido que es eliminado en micénico casi sin excepción (cf. *a-pe-do-ke*, *a-pe-e-ke*) y no menos sabido que era opcional en el dialecto indoeuropeo de que procede el griego (el continuado por éste y el arm. e i. i.) y, dentro del griego, en Hom. Este *status* opcional del aumento es el que hay que atribuir al paramicénico, pues sin él no se explicaría la generalización en los dialectos del primer milenio; por supuesto, en esto el paramicénico iba al lado no sólo del aqueo épico, sino del griego común en general.

5. Elecciones micénicas

a) *ἰερός*, no *ἰρός*. Esta forma es claro que existía en jonio (cf. *ἰρός*, *ἰρηξ*, etc.) de donde sin duda pasó al lesb. Por tanto, si falta absolutamente en mic., donde la raíz es frecuente, es que se perdió. La tenía sin duda el dialecto paramicénico predecesor del jonio; no es seguro que el predecesor del arc.-chip.

b) *pa-ro* como prep.¹ Se trata sin duda alguna de una variante fonética frente a *πρός*.² Lo notable es que el resto del griego oriental, en la medida en que lo conserva, ha especializado *πρότι*, *πρός* como preposiciones (también usadas a veces adverbialmente) mientras que *πρός* lo encontramos solamente en calidad de adverbio y prácticamente sólo en Hom. Sin duda, es una especialización que remonta a un dialecto paramicénico, pero no al micénico, donde tanto *pa-ro* como *po-si* son preposiciones; no sabemos si también adverbios.

c) Gen. en **-o-jo*, no en **-o-o*. Este gen. sg. de la 2.^a declinación, que el micénico comparte como se sabe con Hom. y el tes., tenía desde fecha antigua como contrapartida un gen. en **-o-o*, presente también en Homero (aunque haya que reconstruirlo debido a alteraciones del texto) y base de los genitivos de los demás dialectos. Es decir: el mic. ha eliminado **-o-o*, quedándose con sólo *-o-jo* a diferencia del paramicénico que, a juzgar por Hom. y la dualidad entre el tesalio y los demás dialectos, conocía ambas formas. **-o-o* es un derivado de **-osjo* a través de **-ojo* en circunstancias mal definidas, con elección posterior. Véase nuestro próximo artículo «La creación de los dialectos griegos del primer milenio».

¹ Sobre el caso, Cf. F. Householder, «*pa-ro* and Mycenaean Greek» *Glotta* 38, 1959-60, pp. 1-10.

² Cf. el detalle fonético en *Estudios sobre las sonantes...*, p. 196.

d) $-o-i < -οισι$, no $-οις$: esta es la interpretación normal de los micenólogos y, si es acertada, es prueba de la inexistencia en mic. de la des. $-οις$ de dat.-loc.-instr. pl. Es sabido que tanto $-οισι$ como $-οις$ remontan al indoeuropeo, viniendo el segundo de $*-δiς$, un instrumental, mientras que el primero representaría un loc.¹. Por tanto, es claro que el mic. ha eliminado la forma $-οις$. El intento de encontrarla en $-ο-φι$ ($-οισφι$) no es convincente, el caso en $-φι$ se forma del tema y no tiene número. Ahora bien, ambas formas están presentes en Hom. (aunque ante vocal es dudoso cuál es la que encontramos); y ambas aparecían sin duda en el paramicénico. Pues al $-οισι$ del jon. y el át. arcaico se contraponen el $-οις$ del arc.-chip. (y de dialectos occidentales). El mic. ha elegido, pues, mientras que el griego más arcaico en general seguía manteniendo un doblete que luego simplificaron los dialectos del primer milenio uno a uno. Luego, la isoglosa $-οις$ se extendió incluso donde había $-οισι$ (en ático) y creó por analogía formas $-ησι$ $-αις$, también muy difundidas; e incluso $-ης$.

e) Nom. sg. $-eus$, no $-ēs$. Los nombres en $-eus$ son especialmente frecuentes en mic.; sus formas en $-eu-$ (con \bar{e} o e , no sabemos) responden a las de los demás dialectos, pero encuentran una réplica diferente en las formas con \bar{e} del arc.-chip. (arc. $\phi\omicron\nu\acute{\epsilon}\varsigma$, $\iota\epsilon\rho\acute{\eta}\varsigma$, chip. $\iota\acute{\eta}\rho\acute{\epsilon}\varsigma$ etc.). Hay que observar que en chip. encontramos también $-eus$ y que las formas $-ης$, $-ην$ aparecen ocasionalmente fuera de estos dialectos². En otro lugar hemos expuesto detenidamente nuestra interpretación: son soluciones fonéticas alternativas, monosilábica y disilábica, de un mismo grupo $*-eH^{\#}$ ³. Por tanto, es claro que en griego común debieron coexistir ambas; también que coexistieron en paramicénico, a juzgar por las elecciones posteriores del arc.-chip. y el jon. Luego el mic., que sólo presenta $-eus$ y por cierto con mucha frecuencia, innovó también a este respecto⁴.

f) Habría que añadir otras elecciones a que se ha hecho alusión en páginas anteriores: dat. pl. de la 1.^a en $-āsi$, des. verbal $-toi$, comparativo en $-ios$, part. de perf. en $-uos$, pronombre $to-to$. Las formas concurrentes, sin duda antiguas en griego, son indoeuropeas o no según los casos. A su vez, si el dat. pl. en $-o-i$ representa $-oihi$, como parece, el mic. ha perdido la des. $-οις$, que conservan dialectos del paramicénico.

¹ Cf. nuestra interpretación personal de los hechos en *Lingüística indoeuropea*, p. 475 ss.

² Cf. Schwyzer, *Gr. Gr.* I, p. 575 s.

³ Cf. *Estudios sobre las sonantes...*, p. 260.

⁴ Es forzada y artificial la interpretación de $-ēs$ por Ruijgh, *Études*, p. 37, como una innovación.

Todo esto confirma lo que previamente habíamos anticipado: el micénico es una lengua especial que se aparta en algunos puntos, por más que en general coincida, de los dialectos paramicénicos base del jon.-át. y arc.-chip., y del aqueo de la épica. Sentado este principio, es muy posible que también en lo relativo a arcaísmos o dobles de arcaísmos que presenta el micénico pero no algunos dialectos derivados, el paramicénico hubiera recorrido ya una parte del camino.

Así, por mal que conozcamos el micénico, lengua administrativa que posiblemente siempre fue una lengua «seleccionada», con formas nunca escritas, simplemente por falta de oportunidad para ello o por haberse sentado pronto un modelo rígido, una cosa es clara: es un dialecto del griego oriental del segundo milenio, no «el» griego oriental del segundo milenio. Está muy próximo todavía el griego común, muy próximo a la totalidad de los dialectos orientales de la época: pero es sólo uno de ellos.

Resulta una presunción lógica la de que la base territorial de este dialecto, es decir, la zona dialectal del griego oriental de la que procede, aunque luego incluya regularizaciones y formulismos de tipo administrativo, es la isla de Creta. Pues en Creta se produjo la adaptación de la escritura minoica, la lineal A, a la lengua griega: adaptación hecha desde el primer momento con todas sus piezas, pues las diferencias gráficas de la lineal B del continente (*qo-u-qo-ta* en vez de *qo-qo-ta*; *ko-to-i-na* en vez de *ko-to-na* y poco más) son insignificantes. Es indudable que en el momento de crearse la lineal B, el griego que con ella se notó fue el de la lengua local o una variante regularizada basada en la lengua local. Y, puesto que el griego de la lineal B del continente es sensiblemente idéntico —las diferencias son, como se sabe, mínimas— y, por consiguiente, difiere de los dialectos paramicénicos y concretamente de los del Peloponeso, resulta claro que no es más que el micénico de Creta, importado para los usos administrativos juntamente con la escritura. Es prácticamente seguro que, en un primer momento, se importaron escribas cretenses, los únicos que conocían la escritura: escribas que usaron la lengua micénica desarrollada en Creta. Luego se creó una tradición estable, tradición no difícil de mantener porque después de todo las diferencias con los dialectos paramicénicos no eran grandes.

Lo que no resulta fácil es señalar fechas. Si la teoría más aceptada es cierta, las tablillas de Gnosos tienen una antigüedad de casi dos siglos respecto a las del continente; pero esto no es seguro. En todo caso, las tablillas que conservamos no representan más que el *terminus ante quem* para la fijación del sistema gráfico y del dialecto: pertenecen al

último año de existencia de los palacios respectivos. Es verosímil que, sea cual sea la antigüedad absoluta de la invención del sistema gráfico y de la fijación del dialecto micénico, la diferencia temporal entre ese momento y su importación en el continente no debió de ser grande. Era un invento demasiado maravilloso para que los reyes de Pilos, Micenas, Tebas, Tirinto y otros más sin duda dejaran de desear utilizarlo. Les ponía de repente a la altura de los reyes asiáticos que eran en tantas cosas sus modelos.

En cuanto al paramicénico, nos encontramos de momento en la imposibilidad de fijar si es un dialecto único o un complejo dialectal. Puede haber sido lo primero y lo segundo en fases diferentes. Pues dado que el chipriota está estrechamente emparentado con el arcadio, es claro que, antes de la llegada de los dorios, existía en el Peloponeso un dialecto directamente antecesor de los dos; dialecto que no presentaba las innovaciones y elecciones del jonio. Es lo más probable que éste tenga una base territorial diferente, el Atica. Pero para penetrar con mayor profundidad en el estudio del paramicénico es preciso hacerlo a partir del estudio de la creación de los dialectos del primer milenio: el jónico-ático, el arcadio-chipriota, los dialectos eolios. Volveremos, pues, sobre el tema en nuestro próximo artículo sobre los orígenes de estos dialectos.

IV. MICÉNICO, PARAMICÉNICO Y AQUEO ÉPICO

Las diferencias entre el micénico y el paramicénico han sido vistas ya: consisten, fundamentalmente, en unas pocas innovaciones micénicas y unas pocas elecciones en sentidos divergentes. Por supuesto, al hacer descender del paramicénico y no del micénico los dialectos del primer milenio, ya no se plantea, al menos directamente, el problema de su relación entre éstos y el micénico: todo lo más, podrá hablarse de su mayor o menor proximidad a unos u otros (lo cual, por lo demás, está sobre todo en función del carácter arcaico o innovador de los mismos). Sobre este tema y sobre el de la fragmentación dialectal del paramicénico nos ocuparemos en nuestro artículo sobre «La creación de los dialectos griegos del primer milenio». Hemos de insistir también en él en otro punto aquí apenas tocado: el de los elementos paramicénicos conservados en eolio y la contribución del eolio al conocimiento del paramicénico y su fragmentación dialectal.

Hemos de estudiar a continuación las relaciones entre el micénico y el aqueo épico, viendo luego las relaciones entre éste y el paramicé-

nico. Hay que advertir que dejamos de lado una serie de rasgos del aqueo épico que se deben a su uso literario: formas artificiales para satisfacer a la métrica, fórmulas, etc. Lo que nos interesan son las bases dialectales del aqueo épico, como antes hemos hablado de las bases dialectales del micénico. Manejamos el material ya expuesto, añadiendo algunas cosas; y hemos de añadir en apéndice otro no expuesto todavía porque no afectaba a la relación entre micénico y paramicénico.

I. *Micénico y aqueo épico*

Hay, en primer término, una serie de puntos en que la falta de datos sobre el micénico no nos permite afirmar si coincidía o no con el aqueo épico. Son puntos a que nos hemos referido en las pp. 73 y 74: alternancias σ/σ , $\tau\omicron/\omicron\iota$, $\nu\alpha\iota/-\mu\epsilon\nu$, $-\sigma/-\xi-$, $-\alpha\nu/\kappa\epsilon$, $\epsilon\iota/\alpha\iota$, formas $-\mu\epsilon\nu$, $\epsilon\acute{\iota}\kappa\omicron\sigma\iota$, $\tau\acute{\epsilon}\sigma\sigma\alpha\rho\epsilon\varsigma$, etc., $-\epsilon\iota\varsigma$, $\pi\rho\omega\tau\omicron\varsigma$, $\omicron\delta\epsilon$, \omicron , $-\alpha$. Es de suponer que en todos estos casos el micénico coincidiera con el aqueo épico, que representa en ellos el fondo más antiguo del griego oriental; pero en algunos puede haber evolucionado, evidentemente, coincidiendo o no con el paramicénico.

En segundo lugar mencionamos una serie de casos en que aqueo y micénico coinciden: el paramicénico presenta formas derivadas de éstas o elecciones entre ellas.

a) Conservación de los patronímicos en $-i\omicron\varsigma$, eliminados en paramicénico; así como de la des. $-\phi\iota$, igualmente eliminada. El caso es semejante para la μ , presente en mic. y aq. y eliminada en parte del paramic. (jon.-át.). Y conviene llamar la atención sobre lo sucedido con las labiovelares. Aquí, la concurrencia de tratamientos «jónicos» y «eolios» ante e , i (es decir, de tratamientos dentales y labiales), produce claramente la impresión de un fenómeno secundario (cf. infra, p. 110). El aqueo épico presentaba sin duda todavía una serie labiovelar, igual que el mic.; al menos, ante vocal anterior, donde más recientemente se produjo la evolución. Pero incluso la labialización de labiovelares fue un fenómeno reciente, pandialectal, posterior a la llegada de los dorios. Así, pensamos que también en este aspecto mic. y aq. coincidían¹.

Y creemos que lo propio sucedía en lo relativo a los grupos de líquida y s o i : las soluciones de tipo jónico o lesbio-tesalio son, sin duda, modificaciones introducidas en una época en que ya no estaban vivas las soluciones previas del tipo del mic., es decir, con h o i , a las que

¹ Cf. Wathelet, ob. cit., p. 63 ss.

hemos hecho referencia más arriba. Cf. *infra*, p. 93. Pero, cf. *infra*, p. 105, sobre conservación de ρσ, λσ.

Habría que añadir hechos de vocabulario, por ejemplo, mic. *i-ja-te* = Hom. ἰατήρ, chip. acus. ἰατρεῶν (otros dialectos ἰατρός).

b) Dobletes de mic. y aq., con elección secundaria dentro de los dialectos orientales del primer milenio, aunque la duplicidad puede subsistir en algunos de ellos; o, si el doblote es entre arcaísmo e innovación, con generalización de la innovación. Este es el caso del doblote -τι/-σι (generalización de -σι), de *o/a* (de nasal, con *o* a veces en arc.-chip.), de *or/ar* (*or* en arc.-chip., con excepciones), de *-t/-ti > -si* en 3.^a sg. atem. (aunque los datos son escasos para el mic. y arc.-chip.), de la alternancia entre formas atemáticas *-āmi*, *-ēmi* y temáticas *-aīō*, *-eiō* (con escasez de datos en los mismos dialectos).

Un caso un tanto especial es el de la coincidencia mic.-aquea en la elección, mientras que en paramicénico queda también una forma doble igual de arcaica: mic., aq., jon.-át. *-eus* / arc.-chip. *-ēs* (con vacilaciones).

Todo lo dicho hasta aquí habla de una posibilidad de coincidencia o de una coincidencia real entre el micénico de las tablillas y el aqueo de la épica: los dialectos paramicénicos son un simple derivado. Pero esto no es más que el punto de partida, porque hemos visto que otras veces esos dialectos conservan arcaísmos respecto al micénico y veremos que también los conservan respecto al aqueo: en realidad ya hemos visto uno, el nom. sg. *-ēs*.

Nos interesa estudiar previamente las discrepancias entre el micénico y el aqueo. Están, en primer término, las estudiadas ya en p. 95 s. correspondientes a innovaciones micénicas respecto a todo el griego oriental. Pero hay que añadir otras.

En ocasiones, contrariamente a lo anterior, las diferencias entre mic. y aq. se deben a innovaciones de este dialecto: el paramicénico sigue el estadio innovado o elige dentro de las formas fluctuantes. Así, tanto el aq. como el paramic. eligen con ciertas excepciones los primeros términos dentro de los doblotes ya señalados *e-pi* / *o-pi*, *me-ta* / *pe-da*; pierden la yod; contraen los infinitivos de tipo mic. *e-ke-e*. Semejante es lo que ocurre con el dat. pl.: junto al *-āsi* mic. aparecen en aqueo las formas innovadas *-ησι*, *-αις*, *-ης* (repartidas en paramicénico según los dialectos).

Ahora bien, existen dos series de casos que modifican el panorama anterior:

a) Tanto el micénico como el paramicénico (éste a veces repartido según dialectos) suponen una base dialectal idéntica a la preservada por el aqueo. Este es el caso del aumento, en que la alternancia entre

su presencia y su falta, que está preservada en aqueo, es la base para su casi eliminación (mic.) y su generalización (paramic.); del doblete *-oio / -oo* de gen. sg., también¹ con elecciones contrapuestas en mic. y paramic. (aunque aquí hay también *-oi*); del doblete *ξύν/σύν*, donde el segundo término, innovado, acaba por imponerse, pero hay *ξύν* en mic. y át. arcaico; de la alternancia *pt- / p-* en *πόλις* y *πόλεμος*, a la que parece responder *pt-* en mic.², mientras que en paramic. lo general es *p-*, con excepciones a favor de *pt-* en arc.-chip. (y eolio). También el tratamiento de los grupos *ρσ*, *λσ* preserva en Hom. un doblete, en el verbo, entre forma intacta y forma innovada: sin duda, en el momento más arcaico, *ρh*, *λh*. Este es el estadio de que hay que partir para la generalización de la forma innovada en mic. y paramic., en realidad en todo el griego (pero *ρσ*, *λσ* se mantiene a veces fuera del verbo). En casos como éstos el aqueo preserva un estado propio del griego común, simplificado o evolucionado en casi todo el griego posterior, incluidos el mic. y los dialectos occidentales.

b) En otra serie de casos ni el mic. ni el aq. explican aisladamente los hechos de los dialectos paramicénicos. Hay que ir más allá, hasta un dialecto griego oriental del que derivan mic. y aq., viniendo el paramic. de uno u otro o del griego oriental directamente. Es lo que sucede con el doblete *-ei/-i* en dat. sg., en que aq. y paramic. eligen en forma opuesta al mic. (aunque aquí hay también *-i*); con la relegación de *πάρος* al uso adverbial en aq. y jon., mientras que el mic. elige, al contrario, el uso preposicional. Si *ἀπό* y *ἀπύ* son, como creemos³, formas no emparentadas etimológicamente⁴, el caso es el mismo: aq. y mic. eligen en sentidos contrarios, mientras que el paramic. poseía ambas formas, luego repartidas entre sus dialectos. En el dat. pl. hay *-οισι/-οις* en Hom. y paramic., sólo **-oisi* en mic.

¹ La explicación de la relación entre *-oio* y *-oo* no es clara: la teoría de López Eire (*Tres cuestiones sobre dialectología griega*, Salamanca 1969) de que en el artículo, enclítico, se produjo una reducción *-oio > -oio > -oo* choca con el hecho de que en mic. no hay artículo y de que en parte alguna se observan diferencias entre el gen. de *ὄ*, *τό* y el de los nombres. La de Wathelet, ob. cit., p. 134 ss., 239 ss., de que lo fonéticos es *-osio > -oio > -oo*, siendo *-oio* una innovación, no tiene base en que apoyarse. Como dice García Ramón, ob. cit., p. 47, lo único claro es que *-oio* es al menos tan antiguo como *-oo*; sin duda han coexistido cierto tiempo, como ocurre en Homero. Aunque el detalle se escapa, en definitiva es un caso comparable al de *τελείω/τελέω*, también con *-si-*.

² Cf. Thumb-Scherer, p. 135.

³ Cf. López Eire, art. cit., p. 274 ss.

⁴ El cierre *o > u* es una innovación arc.-chip. reciente, que no afecta al mic.

Todavía se oponen mic. y aq. en la 3.^a sg. med. *-lo(-i)* frente a *-ται*, apareciendo ambas desinencias en paramic., repartidas entre los dialectos: hay que suponer que el fenómeno se daba en griego oriental, antes de que mic. y aq. eligieran cada uno a su manera entre la forma arcaica (*-τοι*) y la analógica (*-ται*). Lo mismo hay que decir respecto al doblete *-eus / -ēs*, aunque aquí el mic. y el aq. (e incluso el dor.) hayan elegido en común. Y respecto a la conj. condicional: en Hom. hay *εἰ* y *αἰ*, en paramic. *εἰ* y *ἦ* (en chip.). Este reparto irregular hace pensar, teniendo en cuenta que está en tes. oriental y lesb., que las tres formas coexistían en griego común y griego oriental.

Todo lo dicho completa, como antes anticipábamos, nuestro conocimiento del griego oriental. Normalmente, bien la coincidencia de mic. y aq., bien el estadio arcaico conservado en uno de los dos dialectos, basta para recuperarlo y para servir de base al paramicénico, con sus diversos dialectos. Pero en otras ocasiones ya el mic. ya el aq. siguen una vía propia y sólo la comparación con el paramic. ayuda a reconstruir el estado arcaico. Pues sucede incluso que aquí o allá estos dialectos han conservado formas o alteradas o perdidas por uno o los dos dialectos más arcaicos. Ello nos lleva a considerar que el aqueo de la épica, como el micénico, es simplemente un dialecto greco-oriental con una base local propia, evidentemente diferente. Hemos de volver sobre este punto.

Al propio tiempo, lo dicho nos da luces sobre el griego común. A él hay que hacer remontar una serie de dobles como *πάρος/πρός*, *-τοι/-ται*, *-ευσ/-ēs* y tantos más. La proximidad de griego oriental y griego occidental cuando entraron en Grecia los invasores dorios era, pues, grande. Y daba la base para las elecciones comunes dorio-jonias y, al contrario, para las oposiciones dorio-jonias. Pero este es un tema que, como hemos dicho, reservamos para un artículo próximo.

2. *Aqueo y dialectos paramicénicos*

Es fácil, después de lo dicho hasta aquí, establecer las características más esenciales del aqueo épico en relación con los dialectos paramicénicos. Encontramos en el aqueo épico, efectivamente:

a) Arcaísmos. El aqueo contiene todavía una fase en que ciertos cambios fonéticos o ciertas innovaciones morfológicas o sintácticas están en trance de realizarse, no realizadas totalmente como en los dialectos paramicénicos (a veces en micénico también). Hay que hacer observar que las fluctuaciones *-σσ/-σ-*, *τοι/οί*, *τύνη/σύ*, uso del

gen./id. del adjetivo patronímico tienen aprovechamiento métrico; unos y otros términos están incluidos en las fórmulas propias de la poesía oral. Lo mismo ocurre con la alternancia entre aumento y falta de él, que el micénico y el paramicénico han igualado en dos sentidos contrapuestos. Este mantenimiento de los dobles se debe, sin duda, a la facilidad que daban a la construcción de fórmulas épicas; precisamente en su evolución y sobre la base de la existencia de los dobles antiguos se introdujeron otros nuevos, con utilización de formas jónicas y eólicas, tema del que hemos de ocuparnos. Pero, aunque tengan utilización métrica, los dobles provienen de hechos lingüísticos: de su existencia en una fase anterior o de la realización sólo gradual de una innovación. Así, la alternancia $-\tau\iota/-\sigma\iota$ carece de trascendencia métrica y lo mismo varias recientes ($\bar{\alpha}/\eta$, etc.).

Un párrafo especial merece lo relativo al grupo de líquida + s. En los nombres es habitual la conservación del grupo en todo el griego (o la evolución subsiguiente $\rho\sigma > \rho\rho$ en át. y otros dialectos), pero no faltan algunos ejemplos esporádicos de caída de la σ y alargamiento compensatorio¹. Ahora bien, en los grupos del aor. y fut. de los verbos líquidos, solamente en Hom. hallamos ejemplos de conservación: formas como $\acute{\epsilon}\kappa\rho\sigma\epsilon\nu$, $\kappa\acute{\epsilon}\lambda\sigma\alpha\iota$ junto a las cuales hay otras de tipo jónico ($\chi\acute{\eta}\rho\alpha\tau\omicron$, $\acute{\epsilon}\kappa\epsilon\iota\rho\alpha\nu$). Puesto que el alargamiento compensatorio es un fenómeno relativamente reciente, resulta altamente probable que la forma que alternaba en el aqueo épico más antiguo con $\rho\sigma$, $\lambda\sigma$ fuera ρh , λh , como en mic. *a-ke-ra₂-te*. Sólo el aqueo épico conserva huellas del grupo arcaico $\rho\sigma$, $\lambda\sigma$: la aspiración de la h acabó por imponerse en todo el griego y, luego, la mayoría de los dialectos generalizó su pérdida seguida de alargamiento compensatorio de la vocal, mientras que en lesbio, como se sabe, se gemina la consonante. También para los grupos sr , sl hay que postular en aqueo épico un estadio hr , hl : las formas de nuestro texto homérico, formas jónicas (con alargamientos de la vocal precedente) representan una reinterpretación.

Estas formas son un elemento arcaico que se nos presenta en la epopeya ya alterado, revestido de la forma de los dialectos posteriores, jonio o lesbio (con alargamiento de la vocal o geminación de la sonante). Ya ocurría así en las fases recientes del aqueo épico, antes de Homero, si el cambio fonético es como parece de hacia el 1000 a. de C. Lo mismo ocurre con las labiovelares, para las cuales la lengua épica posterior adoptó ya la versión jónica ya la eolia de las mismas. Y para el grupo secundario $-ns-$, mantenido en mic. y que hay que reconstruir para

¹ Cf. Schwyzer, *Gr. Gr.* I, p. 285.

las fases antiguas del aqueo épico, pues las formas jónicas con alargamiento son de después del año 800¹. Tampoco aquí estos dobles tienen repercusión métrica: son una prueba más de que la existencia de dobles se consideraba como característica de la lengua épica, no extrañaban en absoluto. Se sentían, sin duda, como el resultado de una mezcla de dialectos —y, efectivamente, fueron entrando cada vez más formas dialectales— pero su origen está en los dobles del aqueo épico.

b) Eliminación de arcaísmos. En ocasiones tal o cual dialecto paramicénico conserva un arcaísmo que el aqueo épico (y a veces el micénico) ha eliminado. Los casos más notables son: eliminación del nom. sg. en -ης, de la 3.^a sg. act. tem. en -ες, la 3.^a sg. med. en -τοι, del pronombre ὄνε, ὄνι, la preposición ἀπό, la conjunción ἦ, el Ac. con ἐν, el Dat. con ἐξ, ἀπό (si realmente es arcaísmo).

c) Hechos de elección. El aqueo épico mantiene ciertos dobles que los dialectos paramicénicos reducen, eligiendo uno de sus términos: -οιο/-οο, ξύν/σύν, -οισι/-οις, προτί/ποτί (y πρός). También puede suceder que la reducción tenga lugar en algún dialecto paramicénico, pero no en otros (ο/α < *η, *η, ορ/αρ, ολ/αλ < ρ, λ). Estos últimos dobles no tienen trascendencia métrica en lo que al timbre de la vocal se refiere pero sí los primeros y aun éstos por las fluctuaciones del tipo αρ/ρα: también en este caso las necesidades de la dicción formularia contribuyeron a su preservación.

Un caso diferente, en que hay elección entre los dialectos paramicénicos y existe, en Homero, utilización métrica, es el de la declinación de los temas en -ί, como πόλις. Mientras que todo el griego en general tiende a difundir una flexión con grado cero de la predesiencial (πόλιος, πόλι, etc., formas que también se encuentran en Hom.), la lengua épica conserva al mismo tiempo un dat. πόλει, que también está en ático y que responde a un tema puro indoeuropeo²; y otro dat. πόληι igualmente arcaico, del cual, además, se obtienen formas como πόληος (Hom., jon., base del át. πόλεως) y otras. Como se ve, las innovaciones del griego común estaban ya en aqueo épico, pero al tiempo se conservaban arcaísmos que sólo a algunos dialectos pasaron.

Inversamente, los dat. pl. en -ασι, -ησι, -ης y -αις junto al arcaico en -ησι (de -āsi) representan innovaciones, como ya hemos indicado. Pero el hecho en sustancia es el mismo: mantenimiento de formas alternativas con esquemas métricos en parte diversos, formas entre las cuales eligen los dialectos paramicénicos.

¹ Cf. Bartoněk, *The Development* cit., p. 77 ss.

² Cf. *Linguística indoeuropea...*, p. 463.

3. *Más sobre la lengua épica y su estratificación*

Tradicionalmente, todo aquello que en Homero no era jónico (o, supuestamente, ático) era considerado eolio, fundamentalmente lesbio. El hecho de que en Homero se encontraran formas que, dentro de los dialectos del primer milenio, son claramente lesbias, tales una serie de consonantes geminadas, el inf. en *-μεναι*, etc. es el que, desde la antigüedad, dio origen a este modo de ver las cosas. Porque a nadie se le ocurría que un dialecto del segundo milenio no tenía por qué ser un agregado de dialectos del primer milenio; y la idea de la existencia en toda lengua de varios tipos de dobles, no se había hecho familiar (ni se ha hecho, aún, a algunos lingüistas).

Claro está, esta consideración creaba un terrible problema cuando hallábamos en Homero formas que, desde el punto de vista de los dialectos del primer milenio, sólo podían ser dorias: *-τι, τοι, τεός, άμός*, etcétera. Como solución de emergencia y habida cuenta de que algunas de estas formas están en beocio o tesalio (¿donde se las solía calificar de dorismos!), se las llamaba vagamente eolismos.

El estudio de los dialectos del grupo arcadio-chipriota, primero, y del micénico, después, ha hecho cambiar poco a poco este punto de vista. Las formas antes consideradas eolias tienden ahora a calificarse, con justo título, de aqueas o micénicas, habida cuenta de que algunas de ellas al menos se encuentran también, según hemos visto, en estos dialectos.

Pero la situación es vacilante. Mientras Strunck niega radicalmente la existencia de eolismos, buscando aquí y allá huellas de formas como *-εσσαι* y otras, Ruijgh, en un libro que hemos citado, limita su relación de elementos «aqueos» a una lista importante de palabras y, aparte de eso, a pocas formas gramaticales (infinitivos en *-ῆναι*, conjugación gutural de los verbos en *-ζω*). Y Wathélet respeta como eolias una corta lista de forinas¹, mientras que asigna a otras un carácter «mixto» aqueo-eolio y a otras aún uno eolio-jonio², lo cual no hace otra cosa que registrar su presencia simultánea en esos dialectos. Piensa, de todas maneras, que la epopeya contiene elementos eolios provenientes de Lesbos y Tesalia, elementos que se han superpuesto a una lengua de tipo aqueo.

Esta conclusión es satisfactoria, pero querríamos precisar aquí un poco cómo han sucedido las cosas, después de nuestra anterior preci-

¹ Cf. p. 366: tratamiento labial de las labiovelares, *-τι, -σσ-, ρι > ρε*, etc.

² Cf. p. 370 s.

sión según la cual el «aqueo épico» original no es idéntico ni al micénico ni al paramicénico, aunque esté próximo a uno y a otro.

Para comenzar, hay que insistir en la presencia en el «aqueo épico» de todo un fondo lingüístico antiguo, procedente del griego oriental y que incluso, en ocasiones, está próximo al griego común por no haberse cumplido totalmente las innovaciones greco-orientales. Son raras las ocasiones en que el mic. o el paramic. mantiene un estadio más arcaico. Y es notable la conservación de dobles (formas antiguas concurrentes o forma antigua y forma nueva), utilizados con frecuencia métricamente.

A todo lo dicho sobre este fondo antiguo del aqueo épico hay que añadir algunas cosas. Hay, en primer lugar, una serie de arcaísmos que sólo en el aqueo épico se mantienen; presentan, cuando más, leves conexiones dialectales.

No vamos a hacer aquí un estudio detenido: de un lado, los datos están reunidos en Gramáticas y Manuales; de otro, hay que tener en cuenta que la comparación de las formas del aqueo épico con las de los demás dialectos del segundo milenio es a veces imposible de hacer, por el simple hecho de que éstos nos son conocidos muy imperfectamente.

Aun así, para que se vea que las características de la lengua épica no se agotan en lo dicho hasta aquí, señalaremos algunas otras que no presentan sospecha de eolismo ni jonismo.

El ac. sg. Ζῆν se deduce de Ζῆν' ante vocal: está aislado en griego. Las formas con ζα- < *d̥ia- (ζαῆς, etc.) tienen algún paralelo en chip. (ζάει, κόρζα) y recuerdan la yod secundaria del micénico (cf. p. 95). El aoristo atemático de raíces con vocal breve (tipo ἔφθιτο, ἔσσυτο) es solamente épico e igual el tipo tras líquida o gutural ἄλτο, κατέπηκτο; igualmente, las formas δέκτο, λέκτο, que es dudoso si son imperfectos o aoristos, y muchos aoristos temáticos, reduplicados o no. También una serie de futuros faltan fuera de la Épica: los reduplicados de raíz aorística (πεφιδέσθαι) y muchos sin reduplicar con caída de -s- (ἐρύουσι, βείομαι). Se trata de arcaísmos dentro del griego. Igualmente, los aor. y fut. sigmáticos de tipo δύσσετο, βήσομαι (cf. *Evolución y estructura...*, p. 206). Arcaísmo es igualmente, aunque compartido por los dialectos occidentales y el beocio, el posesivo τεός.

Otras veces, sin embargo, los rasgos especiales del aqueo son una innovación. Esto es lo que se piensa de los infinitivos temáticos en -μεν, compartidos sólo por el tes.: la innovación, en este caso, rebasa al aqueo. Lo mismo puede decirse de ἔσσι (común con el dor.), de la elección βῶν (junto a un más frecuente βοῦν), etc.

Sentado esto, podemos entrar ya en el problema de los eolismos, reales o supuestos. Resulta muy claro a estas alturas de nuestra inves-

tigación que no son eolias las formas con $\bar{\alpha}$, $\pi\tau$ -, $\sigma\rho$ y otras de este tipo, ni tampoco las formas «dorias» como $-\tau\iota$, $\tau\omicron\iota$, $\tau\acute{\upsilon}\nu\eta$, etc.: son simples arcaísmos preservados por el griego oriental y, al menos en una determinada fase, presentes en todo el griego. Ahora bien, a partir de aquí puede concluirse que una serie de formas, arcaísmos o innovaciones, que se encuentran sólo (o prácticamente sólo) en Hom. y eolio, proceden en Homero en realidad del aqueo. Suele haber siempre un apoyo para la idea de que no se trata de formas exclusivamente eolias. Las principales son:

a) Transcripción υ (por $\upsilon\phi$, previa geminación) de la digamma, cf. $\xi\chi\epsilon\upsilon\epsilon$, $\acute{\alpha}\lambda\epsilon\acute{\upsilon}\omega$ (junto a $\acute{\alpha}\lambda\acute{\epsilon}\omega$), etc. Cf. chip. *ke-ne-u-wo* (κενευφός), arc. Φαίδας.

b) Ἄτρειος y la flexión con ϵ de los patronímicos en $-\acute{\epsilon}\upsilon\varsigma$ (pero cf., aparte de βασιλῆος, Πηλῆος, etc.). Las formas lesbias se refieren a personajes homéricos y, por lo demás, hay otras comparables en jon. en el siglo v. Son posiblemente formas analógicas del nom. sg., con finalidad métrica.

c) Paso $\rho\iota > \rho\epsilon$. Es un fenómeno conocido de los tres dialectos eolios y a él se refieren formas homéricas como ἠνορέη, Ἐκτόρεος. Pero el fenómeno puede ser antiguo en Hom. y tener relación con las fluctuaciones e / i del mic.

d) Paso $d-t > tt$, $-d-h^s > \pi\pi$ en compuestos del relativo **iōd*, como ὄττι, ὄππως, etc.

e) Gen. de tipo ἐμέθεν. La formación era fácil a partir de los advs. en $-\theta\epsilon\nu$; además, se encuentra en dor. (sirac.).

f) Gen. ἐμείο, etc. Es sólo homérico y es arbitrario calificarlo de eolio: posiblemente es una forma artificial, sobre λύκοιο.

g) πατέρος y otras formas con grado vocálico no esperado. Algunas como θύγατρα pueden ser antiguas, πατέρος y los grados plenos por los cero no es seguro que haya que atribuirlos sólo al lesb., pueden ser regularizaciones que tienen utilidad métrica. Por otra parte, desconocemos los datos del mic. y arc.-chip.

h) $-\sigma\theta\alpha$ como des. de pres. aparece en los poetas lesbios, pero no en las inscripciones de este dialecto. Hay además que comparar el jon.-át. $\xi\phi\eta\sigma\theta\alpha$.

Estos no son más que algunos de los ejemplos que, espigando en una Gramática homérica, pueden recogerse.

Lo que ha sucedido en definitiva es que formas como éstas, así como las del apartado anterior que figuraban también en mic. o en arc.-chip., fueron a partir de un momento dado interpretadas como eolismos de Homero por una razón muy simple: porque, desaparecido el micénico

y desatendido el arc.-chipriota., dialecto no literario, sólo en eolio se encontraban fuera de Homero. De ahí la conclusión que se sacaba: llegaron a Homero procedentes del eolio, la lengua épica tiene un componente eolio.

Y de ahí las interpretaciones «eolias» de la lengua épica, a partir de un momento dado (siglo X a. de C.). A estas interpretaciones hemos de atribuir eolismos del tipo de πέλωρ (por *h²έλωρ), de ἄμμες (por *ἄμμες), de ἔμμενα (por *ἔμμενα). Incluso πίσυρες puede ser eolismo solo en cuanto a la π-, pues es simplemente una forma de 'cuatro' con grado Ø / Ø, como la de τρυ-φάλεια.

Lo curioso es que estas interpretaciones en ocasiones no tenían por qué alterar el texto: simplemente, se entendía que la σσ o la ᾱ eran eolismos y se tendía a retenerlas en los lugares en que la métrica lo exigía o la palabra en cuestión no aparecía en jon.-át. (tipo ἄμαρ). Pero que en otros casos sí alteraban el texto, es claro por la alternancia de formas «eolias» y jónicas allí donde, en ambos casos, se trata de evoluciones recientes; ἄμμες y ἄμός (con una ᾱ todavía conservada), ἔμμεναι, εἰμί, πέλωμαι, τέλλομαι. Lo que mejor prueba el carácter artificial y reciente, sistemático, del fenómeno, es que ciertos grupos dan sólo una solución, jonia o eolia: así, *-erī-, *-urī- aceptan en los verbos la solución jonia (-είρω, -ύρω, aunque εἰ se escribiría ε, es decir, ē, en fecha antigua sin distinción de cantidad), no la eolia (-έρρω, -ύρρω); igual sucede en los aor. de verbos líquidos y nasales. No es, pues, que haya habido «estratos» sucesivos: en estos casos al menos se modificó la lengua antigua de un modo sistemático. A veces, ciertamente, jonio y eolio de Asia coincidían: así en la psilosis. Lo curioso es que las formas arcaicas, no psilóticas, tendieron a limitarse a las palabras conservadas en ático, dialecto no psilótico.

Hay, pues, dos fenómenos: interpretación como eolismos de fenómenos conservados fuera de Homero por este dialecto (o conocidos sólo en este dialecto); e introducción de la grafía y fonética eolias en lugar de arcaísmos ya muertos. A veces es difícil decidir si esto tuvo lugar como parte de la evolución de la lengua épica o bien *a posteriori*, como modificación de un texto escrito. De ahí viene un tercer fenómeno: introducción de eolismos no épicos. En parte, esto tenía lugar sobre el modelo de fenómenos de la epopeya: se introducen simplemente eolismos cómodos métricamente (dat. pl. en -εσσι); pero también se procede sin esa condición siquiera: o > υ (como también en arc.-chip., quizá por ello antiguo en aqueo), part. perf. πεπληγών etc.

Es bien claro, pues, que en un momento dado el aqueo épico se interpretaba como comportando elementos lesbios, sin duda de un

lesbio más arcaizante que el que conocemos, más próximo al tesalio. Y que nuevas generaciones de aedos no sólo «entendían» así formas antiguas de la lengua formularia de la epopeya y transcribían así otras, sino que incluso introducían, aunque en modesta medida, formas lesbias nuevas: bien algunas que creaban nuevos dobles útiles métricamente, bien otras que no alteraban la métrica. Pero esto sólo se concibe si la Épica continuó siendo cantada en un ambiente dialectal alejado del Peloponeso (pues en ese caso ciertas formas habrían sido «interpretadas» como arcadias o como dorias, según los casos, y habrían abierto la puerta a nuevas formas arcadias o dorias). Concretamente, si continuó siendo cantada en un ambiente dialectal lesbio o tesalio-lesbio.

Precisamos más todavía. Desaparecido el micénico y perdido de vista el arcadio-chipriota, ciertas formas del aqueo épico eran sentidas como eolias, evidentemente; pero no menos evidentemente otras eran sentidas como jónicas. Este es el caso de formas como $\alpha\upsilon$, el inf. en $-\upsilon\alpha\iota$, el dat. pl. $-\eta\sigma\iota$ (de $*-\alpha\sigma\iota$), βασιλῆος, πόλῆος, las 3.^{as} pl. εἰρύσται, κείσται, el reflexivo σφέας, etc. (aunque σφι sólo se da en Hom. y está emparentado con formas del mic. y arc., cf. p. 84) y otras más. Otras como κείντο, πόλει «suenan» a ático y así se consideran; y más que ningunas las formas contractas, que en muchos lugares son eliminables y sustituibles por las formas respectivas sin contraer y que, en el origen al menos, no tienen por qué ser áticas precisamente.

Todo esto es pura ilusión. Se trata de formas arcaicas que se han mantenido en jon. o jón.-át. o át.; y de formas innovadas, que se han desarrollado gradualmente en los dialectos del primer milenio. Ahora bien, la interpretación predominantemente «jónica» ha traído las mismas consecuencias que la interpretación «eolia»:

a) Fonemas o grupos de fonemas del aqueo desaparecidos ya de todos los dialectos, han sido transcritos y pronunciados a la manera jonia. Esto es lo que ocurre, sobre todo, con los grupos de líquida y s o ζ en que éstas caen y provocan alargamientos compensatorios: ya hemos aludido a ello. Semejante es el caso de la psilosis, aunque el fenómeno es también lesbio.

b) A partir de aquí, se introducen formas estrictamente jónicas. Así, los pronombres personales ἡμεῖς, ὑμεῖς (el posesivo ἄμός preserva aún la forma con α); las 3.^{as} pl. sec. con $-\sigma\alpha\upsilon$ (quizá sobre un aqueo $-\alpha\upsilon$, presente en arc., chip. y beoc.); los dat. pl. en $-\eta\sigma\iota$, $-\eta\varsigma$; etc. Con frecuencia se logran así dobles utilizables con finalidad métrica; otras veces no, menos que ninguna en el caso de la introducción de η por α , que ha respetado sólo las palabras y fórmulas más arcaicas y alejadas del jónico. Se originan situaciones ambiguas en cuanto al dialecto y la

métrica, así en un triplete como el del gen. pl. $-\alpha\omega\nu/-\eta\omega\nu/-\acute{\epsilon}\omega\nu$. En realidad, un estudio de todas estas formas en Homero permitiría fechar en cierta medida las innovaciones del jon.-át., luego alteradas o redistribuidas en las formas de estos dialectos que nos han llegado directamente.

Pero no es esto lo que aquí nos interesa. Lo que nos importa concretamente es el hecho de que la creación y recitación de poesía épica continuó, tras la época micénica o aquea, en un ambiente dialectal en que no sólo el lesbio arcaico era familiar a los aedos, sino también el jonio arcaico. Para ellos, el aqueo épico era una mezcla de esos dos dialectos, más algunas anormalidades y rarezas: de ahí que los introdujeran indiscriminadamente, ya con ventaja métrica, ya sin ella; ya en forma alternativa, ya prefiriendo uno u otro según las formas o palabras; evitando ciertas formas de uno y otro.

Es éste un trabajo lento y artificioso, no el resultado de la existencia de dos estratos sucesivos, tras el estrato aqueo: así pensamos al menos. Simultáneamente, se crean nuevas fórmulas o se modifica el sentido de las antiguas, al colocarlas en nuevos contextos; se introducen elementos culturales nuevos. El ambiente donde ello se produjo no puede ser otro que el del Asia Menor, donde, según opinión general, el eolio, a poco de implantarse, quedó penetrado de elementos jonios, precisamente de varios presentes en la epopeya ($-\sigma\iota$, $\omicron\iota$, $\psi\iota\lambda\omicron\sigma\iota\varsigma$, etc.); y en que, contrariamente, hallamos elementos eolios en Focea, Eritras y Quíos, por razones de sustrato u otras. Son estas tierras las que los aedos y rapsodos recorrían, como bien sabemos por las leyendas sobre la patria de Homero; de ellas saltaron poco a poco a las islas (a la fiesta de Apolo en Delos, por ejemplo) y al continente, donde desde el mismo siglo VIII y sobre todo desde el VII hay ecos de ellos en las inscripciones, la cerámica, el lenguaje de la poesía. Esta es la conclusión que podemos obtener: pues la otra alternativa, la que partiría del tesalio oriental, penetrado luego de elementos jónicos, debe rechazarse porque Homero carece de formas de este dialecto y, en cambio, presenta otras que son exclusivamente lesbias, así el inf. en $-\mu\acute{\epsilon}\nu\alpha\iota$. Insistiremos sobre el tema en nuestro próximo artículo.

Por tanto, fue en el Asia Menor donde la lengua épica experimentó su último desarrollo, que implicó la creación de fórmulas que incluían formas estrictamente jónicas y eolias (lesbias). Pero esto no implica nada respecto al origen más antiguo del aqueo épico: en un momento, hay que suponer que poemas de este dialecto eran cantados en todas las cortes micénicas. Quizá también en Asia Menor, pues ya en el segundo milenio hay huellas micénicas en Asia Menor, en

Mileto y otros lugares.¹ En todo caso, el aqueo épico debió llegar a Asia desde el continente, en algún lugar del cual surgió.

En definitiva, un territorio tan vasto como el ocupado por los reinos micénicos no podía tener una lengua absolutamente unificada, dado que faltaba toda unificación política. Pensamos que Creta es la base local y dialectal del micénico, exportado luego al continente para usos administrativos. Ha debido de haber otra base, no sabemos cuál, para el aqueo épico, lengua literaria (de una literatura oral) que luego, tras la caída de los reinos micénicos, adquirió nuevos desarrollos en Asia Menor. Por otra parte, en el Continente se tendió a una escisión: la que creó el arcadio-chipriota en el Peloponeso, el jónico-ático o sus bases en el Atica. Hay luego el problema de la población micénica de Tesalia y de los ecos de su dialecto en el tesalio. Pero de todos estos dialectos y sus orígenes a partir del que hemos llamado paramicénico, nos ocuparemos en un artículo próximo.

FRANCISCO R. ADRADOS

¹ Cf. J. Boardman. *The Greeks Over-seas*, 2.^a ed., Londres 1973.